

DELPHINE DE VIGAN

Las lealtades



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

LAS LEALTADES

DELPHINE DE VIGAN

LAS LEALTADES

Son lazos invisibles que nos vinculan a los demás —lo mismo a los muertos que a los vivos—, son promesas que hemos murmurado y cuya repercusión ignoramos, fidelidades silenciosas, son contratos pactados las más de las veces con nosotros mismos, consignas aceptadas sin haberlas oído, deudas que albergamos en los entresijos de nuestras memorias.

Son las leyes de la infancia que dormitan en el interior de nuestros cuerpos, los valores en cuyo nombre actuamos con rectitud, los fundamentos que nos permiten resistir, los principios ilegibles que nos corroen y nos aprisionan. Nuestras alas y nuestros yugos.

Son los trampolines sobre los que se despliegan nuestras fuerzas y las zanjas en las que enterramos nuestros sueños.

HÉLÈNE

Pensé que el chiquillo sufría maltratos, lo pensé enseguida, quizá no los primeros días pero no mucho después de la vuelta a clase, era algo en su modo de comportarse, de sustraerse a la mirada, sé lo que me digo, sé perfectamente lo que me digo, una manera de fundirse con el entorno, de dejarse traspasar por la luz. Solo que conmigo eso no funciona. Los golpes los recibí cuando era cría y las señales las oculté hasta el final, o sea que a mí no me la dan. He dicho el chiquillo porque lo cierto es que hay que verlos, a los chicos de esa edad, con su cabello fino como el de las chicas, su voz de pulgarcito, y esa indecisión consustancial a sus movimientos, hay que verlos asombrarse abriendo ojos como platos, o aguantar un rapapolvo con las manos entrelazadas en la espalda, el labio temblequeante y cara de no haber roto un plato. Sin embargo, es indudable que a esa edad empiezan las gilipolleces de verdad.

Unas semanas antes de la vuelta a clase, pedí ver al director para hablar sobre Théo Lubin. Tuve que explicárselo varias veces. No, ni indicios ni confidencias, era algo en la actitud del alumno, una suerte de enclaustramiento, una manera sui géneris de hacerse el distraído. El señor Nemours se echó a reír: hacerse el distraído, pero ¿no era ese el caso de media clase? Sí, claro, sabía a qué se refería: esa costumbre que tienen de encogerse en el asiento para que no se les pregunte, de fijar los ojos en la mochila o de abstraerse de pronto en la contemplación de su mesa como si fuera en ello la vida de todo el distrito. A esos los detecto sin siquiera alzar la vista. Pero no era ese el caso. Pregunté qué se sabía del alumno, de su familia. Seguro que habría alguna referencia en el expediente, observaciones, una notificación anterior. El director repasó con atención los comentarios aparecidos en los boletines de notas, varios profesores habían observado en efecto su mutismo el año anterior, pero nada más. Me los leyó en voz alta, «alumno muy introvertido», «ha de participar en clase», «buenos resultados pero alumno muy silencioso», y un largo etcétera. Padres separados, el muchacho en custodia compartida, todo de lo más normal. El director me preguntó si Théo había trabado amistad con algún otro chico de la clase, imposible negarlo, andan siempre juntos los dos, hacen buena pareja, la misma cara angelical, el mismo color de pelo, la misma tez clara, parecen gemelos. Los observo por la ventana cuando están en el patio, forman un solo cuerpo, hirsuto, una suerte de medusa que se contrae de golpe cuando se acerca alguien y vuelve a estirarse una vez pasado el peligro. Los raros momentos en que veo sonreír a Théo se producen cuando está con Mathis Guillaume y ningún adulto traspasa su perímetro de seguridad.

Lo único que llamó la atención del director fue un informe redactado por la

enfermera a fines del año pasado. El informe no figuraba en el expediente administrativo, y Frédéric me sugirió que fuera a informarme a la enfermería, por si acaso. A finales de mayo, Théo pidió permiso para salir de clase. Dijo que le dolía la cabeza. La enfermera menciona una actitud huidiza y síntomas confusos. Notó que tenía los ojos enrojecidos. Théo explicó que tardaba mucho en conciliar el sueño y que, en ocasiones, podía pasar toda una noche sin dormir. Al pie de la hoja, la enfermera escribe en rojo «alumno delicado de salud» y lo subraya con tres trazos. Luego debió de cerrar el expediente y guardarlo en el armario. No pude preguntarle porque abandonó el establecimiento.

Sin ese documento, me habría resultado imposible que la nueva enfermera convocara a Théo.

Se lo comenté a Frédéric, me pareció preocupado. Me dijo que no me tomara el asunto muy a pecho. Le parecía cansado desde hacía algún tiempo, con los nervios a flor de piel,¹ fue la expresión que utilizó, y enseguida me vino a la cabeza la navaja que guardaba mi padre en el cajón de la cocina, accesible a cualquiera, cuyo seguro accionaba una y otra vez, con gesto mecánico, para calmar los nervios.

THÉO

Es una ola de calor que no sabe describir, que quema y abrasa, a la vez un dolor y un alivio, es un momento que se cuenta con los dedos de una mano y debe de tener un nombre que él no conoce, un nombre químico, fisiológico, que define su fuerza y su intensidad, un nombre que rima con combustión o explosión o deflagración. Tiene doce años y medio y si respondiera con franqueza a esas preguntas que le formulan los adultos, «¿qué profesión te gustaría ejercer?», «¿cuáles son tus pasiones?», «¿a qué te gustaría dedicarte?», si no temiera que los últimos puntos de apoyo que parecen perdurar a su alrededor se desmoronasen en el acto, contestaría sin vacilar: me gusta notar el alcohol dentro de mi cuerpo. Primero en la boca, ese instante en que la garganta recibe el líquido, y luego esas décimas de segundo en que el calor desciende por su vientre, podría seguir el recorrido con el dedo. Le gusta esa ola húmeda que le acaricia la nuca y se difunde por sus miembros como una anestesia.

Bebe a morro y tose varias veces. Mathis, sentado frente a él, lo observa y se ríe. Théo piensa en el dragón del libro ilustrado que le leía su madre de pequeño, cuerpo gigantesco, ojos rasgados, fauces abiertas mostrando unos colmillos más afilados que los de los perros feroces. Le gustaría ser esa fiera enorme de dedos palmeados capaz de abrasarlo todo. Respira profundamente, se lleva de nuevo la botella a los labios. Cuando deja que le aturda el alcohol, cuando intenta visualizar su camino, evoca mentalmente uno de esos esquemas que la señora Destrée les reparte en clase. *Muestra el trayecto de la manzana e indica los órganos implicados en la digestión.* La imagen le hace sonreír y se entretiene distorsionándola. *Muestra el camino del vodka; colorea su trayectoria; calcula el tiempo que se requiere para que los tres sorbos te lleguen a la sangre...* Se ríe solo y Mathis se ríe de verlo reírse.

Transcurridos unos tres minutos, algo explota en su cerebro, es una puerta que se abre de una patada, un potente arranque de aire y de polvo, y le acude la imagen de un saloon del Oeste cuyos batientes ceden con un chirrido. En un abrir y cerrar de ojos pasa a ser ese cowboy con botas camperas que avanza hacia la barra en la oscuridad, y sus espuelas rascan el suelo con un ruido sordo. Cuando se acoda en la barra para pedir un whisky, se le antoja que todo se ha esfumado, el miedo y los recuerdos. Las garras de autillos que le oprimen de continuo el pecho han soltado por fin su presa. Cierra los ojos, todo se ha borrado, sí, y todo puede comenzar.

Mathis le coge la botella de las manos para llevársela a los labios. Le toca a él. El vodka se desborda, le cuelga un hilo transparente de la barbilla. Théo

protesta: si se escupe no vale. Entonces Mathis bebe de un trago, le lagrimean los ojos, tose, se tapa la boca, por un instante Théo se pregunta si va a vomitar, pero a los pocos segundos Mathis rompe a reír con más fuerza. Con un gesto rápido, Théo le amordaza la boca para hacerlo callar. Mathis enmudece.

Contienen la respiración, inmóviles, pendientes de los ruidos a su alrededor. A lo lejos, se oye la voz de un profesor que no aciertan a identificar, un monólogo átono en el que no sobresale ninguna palabra.

Están en su escondite, su refugio. Es su territorio. Bajo la escalera que conduce al comedor, han descubierto ese espacio expedito, un metro cuadrado donde apenas se cabe de pie. Un ancho armario cierra el paso, pero con un poco de agilidad pueden deslizarse por debajo. Es cuestión de rapidez. Primero tienen que buscar refugio en los servicios hasta que todo el mundo esté en clase. Esperar unos minutos más, y dejar alejarse al vigilante, quien cada hora comprueba que los alumnos no deambulen por los pasillos.

Cada vez que consiguen deslizarse tras el armario, constatan que es cosa de centímetros. Dentro de unos meses, ya no podrán hacerlo.

Mathis le alarga la botella.

Tras echar un último trago, Théo se relame, le gusta ese sabor a sal y a metal que perdura en la boca, a veces unas horas.

La distancia entre el pulgar y el índice permite saber lo que han bebido. Repiten la operación varias veces, sin lograr hacerlo ni el uno ni el otro sin moverse, se echan a reír.

Han bebido mucho más que la última vez.

Y la próxima beberán aún más.

Es su pacto, y su secreto.

Mathis coge la botella, la envuelve en el papel y la mete en su mochila.

Se toman cada uno dos pastillas de chicle Airwaves con sabor a regaliz mentolado. Mascan aplicadamente para liberar el aroma, dan vueltas al chicle en la boca, es lo único que camufla el olor. Aguardan un buen rato antes de salir.

Una vez de pie, la sensación ya no es la misma. La cabeza de Théo bascula de delante hacia atrás, pero no se nota.

Camina por una alfombra líquida de motivos geométricos, de puntillas, se siente fuera de sí mismo, justo al lado, como si hubiera abandonado su cuerpo pero siguiera llevándolo de la mano.

Apenas le llegan los ruidos del colegio, amortiguados por una materia hidrófila, invisible, que lo protege.

Un día le gustaría perder la conciencia, del todo.

Hundirse en el tejido espeso de la embriaguez, dejarse cubrir, sepultar, durante unas horas o para siempre, sabe que eso pasa.

HÉLÈNE

Lo observo sin querer. Me doy perfecta cuenta de que mi atención retorna sin cesar a él. Me obligo a mirar a los demás, uno por uno, cuando hablo y ellos escuchan, o cuando están inclinados sobre su examen parcial, los lunes por la mañana. El lunes, precisamente, lo vi entrar en el aula con la cara más pálida de lo habitual. Parecía un chiquillo que no ha pegado ojo el fin de semana. Sus gestos eran los mismos que los de los demás —quitarse la cazadora, correr la silla, colocar la mochila Eastpak encima de la mesa, abrir la cremallera, sacar el cuaderno de clase—, no me atrevería a asegurar que me pareciera más lento que de costumbre, ni más nervioso, y sin embargo vi que no podía con su alma. Al comenzar la clase, pensé que iba a dormirse, porque le ha sucedido una o dos veces en lo que llevamos de curso.

Después, mientras hablaba de Théo en la sala de profesores, Frédéric me hizo notar, sin ninguna ironía, que no era el único al que le pasaba. Habida cuenta del tiempo que perdían ante las pantallas, si tuviéramos que preocuparnos de todos los alumnos que parecen cansados, nos pasaríamos la vida dando partes. O sea que las ojeras no demostraban nada.

Es algo irracional, lo sé.

No tengo nada. Absolutamente nada. Ni hechos, ni pruebas.

Frédéric intenta aplacar mis inquietudes. Y mi impaciencia. La enfermera ha dicho que lo llamaría. Lo hará.

La otra noche, intenté explicar esa sensación de cuenta atrás que lleva unos días oprimiéndome, como si alguien hubiera puesto en marcha un minuterero sin saberlo nosotros y un tiempo precioso transcurriera sin que pudiéramos oírlo, conduciéndonos en silencioso cortejo hacia un algo absurdo cuyo impacto somos incapaces de imaginar.

Frédéric me ha repetido que parecía cansada.

Me ha dicho: tú sí que deberías descansar.

Esta mañana reanudé la clase sobre las funciones digestivas. Théo se enderezó de repente, prestaba más atención de la habitual. Dibujé en la pizarra el esquema sobre la absorción de los líquidos, lo copió en el cuaderno con un

detenimiento inhabitual.

Al terminar la clase, cuando pasaba delante de mí para salir del aula, no pude evitar pararlo. No sé qué me dio, le planté la mano en el hombro para que me atendiera y dije: Théo, quédate un momento, por favor. De inmediato, surgió un murmullo indignado en el grupo: ¿con qué derecho retenía a un alumno por las buenas, sin que durante la clase hubiera mediado incidente alguno que explicase mi actitud? Esperé a que saliera todo el mundo. Théo mantenía la cabeza gacha. Yo no sabía qué decir, pero no podía retractarme, tenía que hallar un pretexto, una pregunta, lo que fuera. ¿Qué me había dado? Cuando por fin se cerró la puerta tras el último alumno (Mathis Guillaume, cómo no), seguía sin ocurrírseme nada. El silencio duró unos segundos. Théo miraba fijamente sus Nike. Luego alzó la cabeza, creo que me miraba por primera vez de verdad, sin despegar los ojos de mí. Me examinó sin decir palabra, nunca había visto una mirada tan intensa en un chico de esa edad. No parecía sorprendido, ni impaciente. Me miraba sin preguntarme nada, como si fuera totalmente normal que hubiéramos llegado a esa situación, como si todo aquello estuviera cantado, fuese evidente. E igualmente evidente el callejón sin salida en el que nos hallábamos, la imposibilidad de dar un paso más, de intentar algo. Me miraba como si hubiera comprendido el impulso que me había movido a retenerlo, y como si entendiese también que yo no pudiera ir más lejos. Sabía exactamente lo que yo sentía.

Sabía que yo sabía, y que no podía hacer nada por él.

Eso fue lo que pensé. Y de súbito se me encogió el corazón.

Ignoro cuánto duró aquello, se me agolpaban las palabras en la cabeza — padres, casa, cansancio, tristeza, ¿va todo bien? —, pero ninguna culminaba en la formulación de una pregunta que me sintiera autorizada a hacerle.

Creo que acabé sonriendo, y con una voz que no era la mía, una voz insegura que no me conocía, me oí preguntarle:

—¿Estás en casa de tu padre o de tu madre esta semana?

Dudó antes de contestar.

—En casa de mi padre. Bueno, hasta esta noche.

Cogió la mochila para echársela al hombro, dando así la señal de partida que hubiera debido concederle yo hacía rato. Se dirigió hacia la puerta.

Antes de salir del aula, se volvió hacia mí y me dijo:

—Pero si quiere hablar con mis padres, vendrá mi madre.

THÉO

Después de clase, deambuló diez minutos delante del colegio, y acudió a casa de su padre para recoger sus cosas. Las cortinas no estaban corridas; para ir a su habitación se limitó a encender la luz de la cocina. Al atravesar el salón oyó un ruido extraño. Un runrún sordo, intermitente, un insecto que se habría quedado encerrado en algún sitio. Buscó en la oscuridad de dónde provenía el ruido, hasta que se dio cuenta de que se había quedado encendida la radio desde la mañana, el volumen era tan bajo que las palabras resultaban ininteligibles.

Todos los viernes se efectuaba el mismo ritual: juntarlo todo, la ropa, las zapatillas de deporte, la totalidad de los libros, archivadores y cuadernos de clase, la raqueta de ping pong, la regla graduada, el papel de calco, los rotuladores, la carpeta de dibujo. Sobre todo no olvidar nada. Todos los viernes emigra como una mula de uno a otro lugar.

En el vagón, la gente lo mira, sin duda temen que se caiga o se desplome, cuerpecillo tambaleante bajo la multiplicación de las mochilas. Se encorva, pero no flaquea. Se niega a sentarse.

En el ascensor, antes de llegar a la otra orilla, deposita su carga, se concede por fin un rato para respirar.

Eso es lo que le toca hacer, todos los viernes, más o menos a la misma hora: ese desplazamiento de uno a otro mundo, sin pasarela ni guía. Dos bloques compactos, sin ninguna zona de intersección.

A ocho estaciones de metro: otra cultura, otros hábitos, otra lengua. Solo dispone de unos minutos para aclimatarse.

Son las seis y media cuando abre la puerta y su madre ya está allí.

Se ha sentado en la cocina, corta en trocitos verduras cuya forma le intriga, le gustaría preguntarle cómo se llama eso, pero no es el momento.

Lo mira, lo repasa, escáner silencioso, ojo de radar, es superior a sus fuerzas. Lo husmea. Una semana sin verlo, ningún abrazo, busca la impronta del otro tanto como la teme, el rastro del enemigo.

No soporta que venga del otro lado. Théo lo ha comprendido enseguida, por esa expresión recelosa que exhibe cuando vuelve de casa de su padre, y el gesto de

rechazo que se afana en disimular.

Además, casi siempre, incluso antes de saludarle, le dice «ve a ducharte».

Los días que ha pasado en casa de su padre ni se mencionan. Es una quiebra espacio-temporal de una opacidad total, cuya misma existencia ella negará. No preguntará nada, él lo sabe. No preguntará si ha pasado una buena semana, ni cómo está. No preguntará si ha comido bien, o dormido bien, qué ha hecho, qué ha visto. Hará como que las cosas siguen siendo las mismas que una semana atrás, exactamente como si no hubiera pasado nada, como si no hubiera podido pasar nada. Una semana tachada en el calendario. De no ser por su agenda Quo Vadis — cada día transcurrido recorta con cuidado la esquina de página perforada —, Théo podría dudar él mismo de haberla vivido.

Pondrá en el cesto de la ropa sucia lo que lleva puesto, todo sin excepción, por separado, pero metido en una bolsa de plástico, pues su madre odia que esté en contacto con otra ropa. Bajo la ducha, el agua tibia eliminará el olor que ella no soporta.

Durante las horas siguientes a su regreso, lo observará con esa cara aviesa de la que ella ni siquiera es consciente pero que él conoce de sobra, esa cara inquisitiva. Porque escudriña incesantemente a su hijo que aún no ha cumplido los trece años, escudriña sus gestos, su entonación, las maneras del hombre a quien ha dejado de nombrar. Todo mimetismo real o fingido la saca de quicio y provoca una réplica inmediata, una enfermedad que es menester erradicar cuanto antes. A ver esa postura, no pongas así las manos, siéntate en el fondo de la silla, no te contonees, mantente erguido, lo mismito que el otro.

Vete a tu cuarto.

Cuando habla de su padre, cuando se ve obligada a mentar al hombre que fue su marido y en cuya casa su hijo acaba de pasar una semana entera, cuando no puede obviarle, no pronuncia nunca su nombre de pila.

Lo llama «el otro», «el cabrón», «el pringado».

«Ese gilipollas» o «ese hijo puta», cuando habla por teléfono con las amigas.

Théo apechuga, cuerpo enclenque acribillado de palabras, pero ella no se da cuenta. Las palabras le lastiman, es un ultrasonido insoportable, un efecto Larsen que solo él parece oír, una frecuencia inaudible que le lacera el cerebro.

La noche siguiente a su regreso, le despierta un sonido agudo y lejano. Una nota estridente, un silbido parásito que le viene de dentro. Si se tapa los oídos con las palmas de las manos, el ruido al principio se amplifica, después se mitiga. A eso se le llama acúfeno. Lo leyó en una página de internet dedicada a la salud. El ruido surge cada vez con mayor frecuencia, en plena noche. Al principio, pensaba que procedía del exterior. Se levantaba. Se acercaba a la cocina, a los electrodomésticos, a las cañerías del cuarto de baño, abría la puerta del rellano. Hasta que lo entendió.

El ruido está en su cabeza. Cuando el ruido para por fin, no puede conciliar el sueño.

No tiene más que un recuerdo de cuando sus padres estaban juntos.

Su madre está sentada en un sofá rígido, cubierto por una tela mullida color mostaza (de hecho, no está seguro de recordar realmente el sofá, puede que haya recreado la precisión de esa imagen a partir de una foto, la señora Destrée les explicó eso a comienzos de curso hablando de la memoria, hay cosas que se quedan grabadas, otras que se modifican o que se inventan, otras que se apropian). Su madre está sentada, tiesa, tensa, y no se apoya en el respaldo. Su padre se pasea ante ella, no habla, parece un animal dando vueltas en la jaula. Théo está sentado en el suelo o tal vez al lado de su madre, que no lo toca. Ha de alzar la cabeza para observarlos. Es un niño de cuatro años y unos meses, espectador atento de una guerra larvada a punto de estallar.

Luego saltan esas palabras que pronuncia su madre, palabras que lo golpean de inmediato, lo dejan sin respiración, palabras grabadas en su disco duro, palabras de adultos cargadas de algo que no percibe, pero cuya virulencia le llega. Su madre mira al suelo, pero se dirige a su padre y dice:

—Me das asco.

Han olvidado su presencia, o piensan que es demasiado pequeño para enterarse, para recordar, pero precisamente porque esas palabras contienen algo que se le escapa, algo fuerte y quizá un poco viscoso, las recordará.

En ese instante, ninguno de los dos puede imaginar que su hijo de cuatro años y unos meses no conservará más que un recuerdo de ellos juntos, y que será ese.

Théo vuelve de la ducha con ropa limpia. Piensa en la señora Destrée, que

quería saber con cuál de sus padres pasaba la semana. Lo miraba de un modo extraño. Cuando se reunió con Mathis a la salida, le dijo: esa mujer está loca. Pero ahora que se para a pensarlo, un sentimiento de vergüenza le empaña la frente y le invade la garganta. Lamenta esas palabras.

Su madre sigue en la cocina, escucha distraídamente un programa de radio mientras termina de preparar la cena. Théo pregunta si puede mirar unos vídeos en Youtube.

No.

Que haga los deberes. Seguro que tiene trabajo por hacer.

Durante unas horas, tal vez hasta mañana, le hará pagar haber pisado suelo enemigo, haberse sustraído a sus normas, a su control, habérselo pasado bien.

Porque sabe perfectamente que se ha aprovechado a base de bien, que no ha pegado golpe, que se ha puesto morado de pantallas, atiborrado de patatas fritas y de Coca-Cola, que ha remoloneado hasta las tantas de la noche.

Eso piensa ella.

Tanto da lo que piense.

De todas formas, él no lo negará.

HÉLÈNE

La enfermera convocó a Théo esa semana.

Al día siguiente de la visita, me propuso que tomáramos un café para hablar de ello. Acudió a la sala de profesores a la hora de comer. Me refirió con todo detalle la conversación que había mantenido con él. Me hablaba como si yo estuviera indispuesta, como si alguien le hubiera prevenido de que había que tratarme con circunspección, dirigirse a mí con miramiento.

Comenzó explicando a Théo que varios de sus profesores estaban preocupados por su estado de fatiga. Le habían dicho que se había dormido una o dos veces en clase. Que le costaba mantener la atención.

Deseaba saber lo que pasaba, cómo se encontraba.

El muchacho preguntó si lo había denunciado yo.

Ella contestó que nadie lo había *denunciado*, repitió que a varios profesores les preocupaba verlo tan cansado. Eso era todo.

Se relajó un poco.

Reconoció que le costaba mucho conciliar el sueño o más bien que se despertaba por la noche. Repitió varias veces que no jugaba, ni con la tableta ni con la consola, o muy poco. La enfermera intentó preguntarle sobre su familia pero no sacó nada en limpio. Su madre es ejecutiva en un laboratorio farmacéutico y su padre informático. La custodia compartida se pactó en el momento de la separación, que se remonta a hace varios años. Le preguntó cómo le iba con sus padres, contestó sin entusiasmo, pero sin pensárselo, que bien.

La enfermera declara que lo vio inquieto, un poco a la defensiva. Pero no más de lo que cabe inferir de la situación, en la medida en que era el único alumno de la clase a quien se había convocado. Le preguntó si podía auscultarlo, dado que la falta de sueño provoca en ocasiones retrasos de crecimiento o de desarrollo, y no se opuso.

No presenta señal alguna en el cuerpo. Ni el menor arañazo ni la menor cicatriz. Su peso y su estatura se hallan ligeramente por debajo de su edad, pero nada alarmante.

Redactó una carta dirigida a su madre, que entregó a Théo.

En ella mencionó la somnolencia en clase y la necesidad de consultar a un médico con el fin de resolver ese problema de insomnio.

Le dijo a Théo que podía ir a verla cuando quisiera, y descansar entre clase y clase si se encontraba cansado.

La enfermera hizo su trabajo, no puedo decir lo contrario. Siguió las normas del centro. Me prometió que se mantendría alerta. Retornó a su territorio aséptico, embaldosado lustroso, espacio protegido, refugio. Yo seguí en la sala de profesores, no me veía con fuerzas para levantarme. Estaba sentada de espaldas a la puerta, ante un paquete de ejercicios y un vaso de plástico en cuyo fondo se enfriaba el café que era incapaz de tomarme. Me dije: levántate, vete a casa. Había terminado de dar clase y notaba que se henchía la ola, relente de cloaca, aguas viciadas, pestilentes. La marea negra del recuerdo comenzaba a aflorar a la superficie, los ruidos primero, nevera destartalada, ronroneo asmático, jingles de la televisión como música de fondo, risas, gritos de aliento, aplausos, y luego las imágenes: cortinas amarillas por la nicotina, sillas cojas, objetos de adorno medio rotos.

Nada parece del todo intacto en esa habitación, pero en el televisor la Ruleta gira y se pasa bien, *primer enigma, compro una A, digo la N*, la Ruleta sigue girando, fortuna aleatoria, *que tenga buena suerte*.

Mi padre y yo también tenemos nuestro juego, a la misma hora que el de la TF1, empieza así, sin avisar, por las buenas, mientras yo dibujo y hago los deberes, la primera pregunta hiende el aire y anuncia el suplicio: tú que lo sabes todo, Hélène, ¿en qué fecha se inventó la guillotina?

Tengo ocho años, tengo once años, tengo trece años, ocupo siempre el mismo sitio, sentada a la mesa de la cocina, las palmas de las manos sobre el hule. Mi padre ha vuelto temprano, rumiando cuestionarios para su hija, que trabaja bien en clase, estupendo. Lee libros, asegura que quiere ser maestra de escuela y es como si le escupiera en la cara, porque a él lo expulsaron. Ya que va de lista, va a hacerle preguntas para ver cuánto sabe.

Una respuesta errónea: una colleja.

Dos respuestas erróneas: una bofetada.

Tres respuestas erróneas: me empuja del taburete y me caigo al suelo.

Cuatro respuestas erróneas: permanezco tumbada en el suelo y me da una patada.

¿Cuándo fue canonizada Juana de Arco?

¿En qué año ganó Carlos Martel la batalla de Poitiers?

A veces las preguntas coinciden con las del juego de la televisión, otras veces no. Las reglas cambian continuamente.

Me concentro, no resulta fácil con el ruido que arma la Ruleta, la música está tan alta, *vuelve usted a lanzar, Roselyne, bravo, no ha perdido el turno, ah, ah, ah, ahora tendrá que descubrir una expresión, sí, escúcheme bien, Roselyne*, estoy tumbada en el suelo como cada vez, no me deja levantarme, no busco ya más respuestas, me preparo para el próximo golpe, *era «hacer castillos en el aire», Roselyne, lástima*. No lloro nunca.

Las preguntas no tienen ya ningún sentido y me muele a patadas, me protejo la cabeza, me hago un ovillo en las baldosas, intento esquivarlo, los golpes en el vientre me dejan sin respiración, botines de punta redonda, recios, mi padre lleva calzado de seguridad aunque ahora trabaja al otro lado del cristal, *y ha elegido usted esta sortija de zafiros y diamantes, Roselyne, se la entregamos con su certificado ge-mo-lógi-co in-ter-na-cio-nal por un valor de 9.900 francos, después de todo se lleva regalos maravillosos*.

Tengo catorce años, yazgo en el suelo cuando llega mi madre, puede que haya perdido el conocimiento, unos segundos o unos minutos. Cuando me pongo de pie, me corre sangre entre las piernas, una serpiente escarlata se escurre a lo largo de mi pantorrilla y busca refugio en los calcetines. Mi madre me pregunta si tengo la regla, le contesto que no.

Unas semanas después, estoy en clase de matemáticas, el dolor me desgarrar la parte inferior del vientre, me cuesta respirar y no gemir, el profesor observa que no atiendo. Me pregunta qué acaba de decir, soy incapaz de responder. Las paredes dan más vueltas que la Ruleta de la suerte, el suelo me aspira. Ni siquiera sé de qué va la clase. El profesor, exasperado, me pide que me vaya. En el pasillo, me desvanezco.

En el hospital, descubren que el útero está infectado. Un feo espectáculo.

Digo que me he caído del portabultos y me he dado contra un saliente de hormigón, todavía no sé que no podré tener hijos.

Tengo diecisiete años, he aprobado el título de bachillerato y me voy. Mi padre acaba de morir de cáncer, su deterioro ha durado dos años, dos años de tregua, sin juego ni golpes, solo algún tortazo cuando pasaba al alcance de su mano.

Ahora le tocaba a mi padre yacer en el suelo. Mi madre cuidó de él hasta el final.

Tengo diecisiete años, voy a estudiar, seré profesora, no olvidaré nada.

CÉCILE

Hablo sola. En casa, cuando no hay nadie, y en la calle cuando sé que no me ven. Hablo conmigo misma, es verdad, pero sería más exacto decir que una parte de mí se dirige a la otra parte. Me digo: «lo conseguirás» o «has salido adelante» o «así no puedes seguir». Son ejemplos. Hace unas semanas, es lo que intenté explicarle al doctor Felsenberg, cuando lo conocí, esa historia de mis dos partes. La primera vez. Él opinaba que aquello merecía precisarse. Bien. De hecho, una parte de mí, que es dinámica y de un talante que yo calificaría de positivo, se dirige a la otra parte. Mi parte débil. Digamos, para simplificar, la problemática.

Ni mi marido ni mis hijos saben que voy a ver al doctor Felsenberg, mucho mejor así. A la hora de nuestra cita semanal, estoy inscrita oficialmente en una clase de yoga que no existe más que en el calendario de la cocina.

Hablo sola, sí, para tranquilizarme, consolarme, animarme. Me tuteo, porque al fin y al cabo las dos partes de mí misma se conocen desde hace tiempo. Soy plenamente consciente de que puede resultar ridículo. O inquietante. Pero el caso es que esa parte de mí que se dirige a la otra se muestra siempre confiada, y tranquilizadora. Ve lo mejor en todo, contempla siempre el lado bueno, y las más de las veces acaba teniendo la última palabra. No es de las que se dejan llevar por el pánico.

Y por las noches, cuando me acuesto, no es raro que me felicite.

Las dos partes de mí han existido siempre. Fuerzas presentes, en cierto modo, pero que hasta ahora no se comunicaban entre sí, en cualquier caso no a través de mi voz. Eso es mucho más reciente.

Por otra parte, el doctor Felsenberg me preguntó si algún acontecimiento, o episodio, había creado o despertado esa voz. Al ver que yo lo pensaba en silencio, volvió a la carga.

Quería saber si lo de hablar sola me sucedía ya de jovencita, cuando estudiaba, por ejemplo. O al poco de casarme. O cuando dejé de trabajar. Estoy segura de que no.

«Verá, no es un problema en sí, mucha gente habla sola», me dijo el doctor Felsenberg. «Pero sí lo es para usted, puesto que lo saca a relucir.» Quería que me lo planteara. Decidió que meditaríamos juntos sobre la función de esos diálogos

entre yo y yo.

Necesité varias sesiones para cobrar conciencia (y admitir) de que la voz apareció al poco de descubrir lo que descubrí en el ordenador de mi marido. Y unas cuantas sesiones más para evocar de manera explícita ese descubrimiento en la consulta del doctor Felsenberg.

Lo que vi aquel día, y los días siguientes, cuando comencé a indagar, no puedo formularlo más que con medias palabras, con perífrasis, soy incapaz de escribirlo con pelos y señales.

Porque las palabras son inmundas y destilan terror.

Anoche, al volver a casa, me encontré con Mathis y su amigo. Normalmente, a esa hora, tenían que haber estado en clase. Mi hijo aseguró que el profesor de música no había ido, enseguida me di cuenta de que mentía.

Estaban raros. Los dos. A Mathis no le gusta que entre en su habitación, así que permanecí en el umbral de la puerta, esperando, intentando comprender lo que no cuadraba. Estaban sentados en el suelo, todo estaba ordenado, no había juegos ni libros a la vista, me pregunté qué tramaban. Théo miraba al suelo. Fijaba la vista en un punto de la moqueta como si observara una colonia de insectos microscópicos que solo él podía ver.

Tengo un problema con ese chico. A decir verdad, no me gusta. Sé que es horrible pensar eso, no es más que un niño de doce años, diría que bien educado en conjunto, pero hay algo en él que me incomoda. Me he guardado muy mucho de decírselo a Mathis, que lo venera como si poseyera poderes sobrenaturales, pero no, no consigo congeniar con él. No acabo de entender lo que ve en él. Cuando estaba en primaria, Mathis tenía un amigo que me encantaba. Se llevaban de maravilla, nunca se peleaban. Pero el niño se mudó en el último curso de primaria.

El año pasado, cuando comenzó sexto, Mathis conoció a Théo, y a partir de entonces todo lo demás dejó de contar para él. Se apegó a Théo de manera inmediata, exclusiva, y lo defiende con uñas y dientes en cuanto yo expreso la menor reserva o interrogante sobre él.

Pregunté si habían merendado, mi hijo me contestó que no tenían hambre. Me fui.

Así y todo, no puedo evitar pensar que Théo arrastra a Mathis por el mal

camino, que ejerce una mala influencia sobre él. Es más duro que nuestro hijo, menos sentimental, seguro que por eso Mathis lo admira tanto. El otro día, después de cenar, intenté hablarlo con mi marido. Desde que entendí a qué se dedicaba realmente William por las noches —al margen de las conversaciones mayoritariamente prosaicas que nos permiten mantener una vida en común—, no había intentado establecer comunicación con él. A decir verdad, acababa de pasar semanas observando de lejos su jueguito y sus mentiras.

Como todas las noches, se retiró a su despacho después de cenar.

Llamé a la puerta. Estuve a punto de abrir sin aguardar respuesta, era una ocasión inesperada de sorprenderlo en plena acción. Transcurrieron varios segundos antes de que me permitiera entrar. La pantalla del ordenador estaba apagada, se había quitado la chaqueta y extendido varios papeles delante de él. Me senté en la butaca y comencé a hablar de Mathis, de ese ascendiente negativo que percibía por parte de su amigo. Expliqué por qué motivos tenía la sensación de que aquella relación perturbaba a nuestro hijo, expuse varios ejemplos al azar; William parecía escucharme con atención, sin impaciencia. Cuando concluí mi pequeña exposición, me cruzó por la mente esta frase: *te has metido en la guarida del diablo y lo tienes enfrente*. Resultaba ridículo y totalmente exagerado; de haberme oído, William a buen seguro se habría reído una vez más de mis frases manidas, pero a partir de ese momento no pude quitarme de la cabeza esa frase y su potente reverberación. William me pedía hechos concretos. Indicios de regresión, curvas de declive, elementos cuantificables. ¿Qué pruebas tenía yo para incluir en el sumario? Los resultados escolares de Mathis eran muy correctos, no veía dónde estaba el problema. Me imaginaba cosas. El caso es que William siempre piensa que yo me imagino cosas. Acerca de todo. Por lo demás, eso se ha convertido en un modo bastante eficaz de zanjar como quien no quiere la cosa la conversación. *Te imaginas cosas*.

A fin de cuentas, lo que le cuento a mi marido le interesa bastante poco en general. Es una de las razones por las que no le cuento casi nada. Cuando nos conocimos, nos pasábamos noches enteras hablando. De William, lo aprendí casi todo. Las palabras, los gestos, la manera de moverse, de reírse, de comportarse. Poseía los códigos y las claves.

No sé cuándo dejamos de hablar. Hace tiempo, desde luego. Pero lo más inquietante es que no reparé en ello.

Esta mañana, Mathis se ha levantado antes que yo. Cuando he entrado en la

cocina, estaba preparándose el desayuno.

Me he sentado y lo he observado durante unos minutos: esa indolencia un tanto ostentosa en su manera de coger los objetos, de dejar que los armarios se cierren solos, ese hastío a flor de piel cuando le formuló una pregunta. Entonces he comprendido que mi hijo estaba en el umbral, en el mismísimo umbral. Hace ya tiempo que la cosa ruge y se gesta en su interior como un virus, que opera en cada célula de su cuerpo aunque no resulte perceptible a simple vista. Mathis todavía no es un adolescente, o, mejor dicho, no se le nota. Es un asunto de semanas, tal vez de días.

Mi niño va a transformarse ante nosotros como su hermana y nada podrá impedirlo.

MATHIS

El día en que comenzó sexto, había elegido la fila de en medio. Y el sitio: en medio de la fila de en medio. Ni muy cerca ni muy lejos de la pizarra. Ni delante ni al fondo. Allí donde, *a priori*, llamara menos la atención. En la lista colgada en la parte cubierta del patio acababa de comprobar que no conocía a ningún alumno. Los de primaria habían quedado repartidos en otras clases.

Cuando se cerró la puerta, no tenía a nadie sentado a su lado. No se atrevió a mirar a los demás, instalados por pares, codo con codo, susurrando entre ellos. En las cuatro esquinas de la clase comenzaban ya los secreteos, un murmullo flotante, ligero, que el profesor, por el momento, lograba contener. Él quedaba excluido de las connivencias. Nunca se había sentido tan solo. Tan vulnerable. Las chicas que tenía delante se habían vuelto ya un par de veces para repasarlo.

Al cabo de diez minutos, llamaron a la puerta. Entró la consejera de educación, acompañada de un alumno a quien Mathis nunca había visto. Théo Lubin se había perdido por los pasillos, no había encontrado el aula. Un silbido burlón recorrió la clase. El profesor señaló el asiento vacío junto a Mathis. Théo se sentó. Mathis corrió sus cosas aunque no molestaban, una manera de acoger al impuntual, de expresarle su bienvenida. Buscó su mirada para sonreírle, pero Théo no alzó la vista. Sacó sus cosas, su cuaderno y, sin levantar la nariz, murmuró gracias.

Una hora después, volvieron a sentarse juntos.

Los días siguientes buscaron juntos el gimnasio, el despacho de la consejera, el comedor y los números de las aulas, cuyo orden escapaba a toda lógica. Adoptaron aquel nuevo espacio que se les antojaba sin límites y del que ahora conocen cada recoveco.

No necesitaron hablar para saber que podían entenderse. Les bastaba con mirarse; afinidades tácitas —sociales, afectivas, emocionales—, señales abstractas, fugaces, de reconocimiento mutuo, que sin embargo serían incapaces de nombrar. No volvieron a separarse.

Mathis sabe hasta qué punto el silencio de Théo impresiona a los demás. Tanto a las chicas como a los chicos. Théo habla poco, pero no es de los que se dejan avasallar. Los compañeros lo temen. Lo respetan. No se ha visto obligado nunca a pegarse, ni siquiera a amenazar. Hay algo en su interior que ruge, que

disuade de cualquier ataque o comentario. A su lado, Mathis goza de su protección, no corre peligro.

Este año, el día de la vuelta a clase, cuando Mathis ha descubierto en el tablero que volvían a estar en la misma clase, ha sentido un inmenso alivio. Si se lo hubieran preguntado, no habría sabido decir si se sentía aliviado por sí mismo o por Théo. Ahora, unos meses después de la vuelta a clase, su amigo le parece todavía más sombrío. A veces le da la sensación de que Théo interpreta un papel, de que finge. Está allí, junto a él, pasa de una a otra aula, hace cola en el comedor, ordena sus cosas, su taquilla, su bandeja, pero en realidad se halla al margen de todo. Y en ocasiones, cuando se separan delante del Monoprix, cuando deja que Théo se encamine hacia el metro, se extiende por su pecho una aprensión difusa que le corta el respiro.

El dinero se lo roba Mathis a su madre. Su madre no desconfía. Deja tirado el bolso. Le coge monedas, nunca billetes. Lo hace con prudencia; una o dos cada vez, no más. Les bastaba para las petacas: cinco euros el ron La Martiniquaise, seis euros el vodka Poliakov. Van a la pequeña tienda de ultramarinos del final de la calle, sale un poco más caro que en otros sitios, pero no hacen preguntas. Para las botellas grandes es preferible pasar por Baptiste, el hermano de Hugo, que estudia primero en el instituto de al lado. No es mayor de edad pero aparenta más años de los que tiene. Puede ir al supermercado sin que le pidan el carnet de identidad, les reclama *una pequeña comisión*. Los días buenos, les hace precio de amigo.

Mathis lo oculta todo en una caja de ébano que le regaló su hermana. Como el interior estaba forrado con una tela floreada le parecía que quedaba más como un objeto de chica, pero la caja tiene la ventaja de poder cerrarse con llave y alberga hoy su botín.

Mañana, después del comedor, tienen una hora de estudio. Si no hay nadie en el pasillo, se deslizarán en su escondite para tomarse el ron que compraron ayer. Théo dice que *explotaba* en la cabeza, mucho más que el vodka. Se apuntó en la sien con una pistola imaginaria, los dos dedos pegados, y fingió disparar.

THÉO

Ha olvidado en casa de su padre el jersey grueso regalo de Navidad que su madre le pidió que no se llevara allí. No se ha dado cuenta enseguida, pero hoy, al haber bajado la temperatura, le extraña que no se lo ponga. Se ha llevado un tremendo disgusto, se nota, le cuesta ocultar sus muestras de irritación, que Théo conoce perfectamente. Repite varias veces: «Tardaremos en recuperarlo.» El jersey está en peligro, engullido en las profundidades de la nada. Se refiere al territorio enemigo que no nombra. Un lugar regido por normas desconocidas, donde pasan semanas hasta que la ropa se lava y los objetos se pierden para siempre.

Théo promete traerlo la próxima vez.

Sí, se acordará.

A ella le cuesta cambiar de tema, lo ve.

Cuando era más pequeño, hasta su último año de primaria, preparaba ella la mochila cuando se marchaba a casa de su padre. Elegía las prendas menos finas, las más gastadas, alegando que tardaban en volver y a veces no volvían. El viernes por la noche, lo acompañaba *allí* en metro, lo dejaba en la puerta del edificio. Al principio, cuando Théo era aún demasiado joven para subir solo en el ascensor, su padre bajaba y lo controlaba desde el otro lado de la puerta vidriera. Sus padres no se cruzaban, no se miraban, permanecían uno a cada lado de la frontera de vidrio. Cual rehén intercambiado por una mercancía desconocida, Théo avanzaba por el vestíbulo del edificio y atravesaba la zona neutral, casi sin atreverse a pulsar el interruptor. Una semana después, los viernes a la misma hora, en otro bulevar, su padre paraba el motor del coche y esperaba a que Théo entrase en el inmueble para arrancar. En otro hueco de escalera, su madre lo estrechaba fuertemente en sus brazos. Entre dos besos, le acariciaba la cara, el pelo, lo miraba de arriba abajo y de abajo arriba, aliviada, como si volviese milagrosamente vivo de una indescifrable catástrofe.

Recuerda un día, hace tiempo —estaría en primero o segundo de primaria—, en que su madre examinó el contenido de la mochila cuando él regresó de casa de su padre y no encontró el pantalón que le había comprado unas semanas atrás. Empezó a sacar todas las prendas, una por una, como si fuera asunto de vida o muerte, arrojándolas al aire con rabia. Y luego, al comprobar de nuevo la ausencia del pantalón, se echó a llorar. Théo la miró, estupefacto, su madre estaba arrodillada ante una bolsa de deporte, el cuerpo sacudido por los sollozos, percibía

su dolor, que repercutía en él a arremetidas, pero se le escapaba un elemento: ¿por qué era tan grave aquello?

Su madre había comenzado a quejarse de que su padre era incapaz de prepararle la mochila (cada vez que hablaba mal de su padre, esa sensación de zozobra, de quebranto, le agitaba el vientre y la voz aguda le producía zumbidos en los oídos) y tuvo que confesar que había preparado él mismo la mochila. Había procurado juntar con esmero las prendas pero no había visto el pantalón, que sin duda se había quedado con la ropa sucia. Entonces su madre vociferó de repente: «¿Es que no sabe poner una lavadora esa zorra?»

Cuando sus padres se divorciaron, su padre se instaló en otro piso, en el que todavía sigue viviendo. Al fondo del salón, levantó un tabique nuevo para que Théo dispusiera de su cuarto. Durante los meses posteriores a la separación, su padre veía a otra mujer, a quien su madre llamaba «la gilipollas» o «la zorra». La zorra acudía a casa de su padre algunas noches, nunca se quedaba a dormir. Trabajaba en la misma empresa que él, debieron de conocerse en el ascensor o en el comedor, así imaginó Théo su encuentro, una escena que intentó reconstruir en varias ocasiones, pese a su incapacidad para hacerse una idea del entorno: le resultaba imposible representarse la *oficina*, ese lugar adonde su padre acudía a diario, al otro lado de la ronda de circunvalación.

Recuerda un día de primavera en el Jardín Botánico con su padre y aquella mujer, tendría seis o siete años. Había saltado en la cama elástica, montado en los kart, jugado al pimpampum. Ya entrada la tarde, se perdieron los tres en el laberinto de los espejos, luego subieron en una barca y, durante un rato que se le antojó deliciosamente largo, se dejaron llevar por la corriente del río encantado. Más adelante, comieron algodón de azúcar. La zorra era simpática. Gracias a ella descubrieron aquel mundo maravilloso, protegido por barreras y cercas, ese mundo donde los niños eran reyes. Aquella mujer tenía sin duda vínculos con aquel lugar del que conocía todos los entresijos. Fue ella quien los guió a través de las avenidas y repartió los tickets, y su padre la miraba con tal devoción que Théo concluyó que el jardín entero le pertenecía.

Pero el día siguiente, cuando volvió con su madre, le dolía la barriga. Se sentía triste. Culpable. Se había reído con aquella mujer, aceptado sus regalos.

Algo azucarado y pringoso se le había quedado pegado a las manos.

Al principio, cuando volvía de casa de su padre, su madre le hacía

preguntas. Como quien no quiere la cosa, como si él no fuera capaz de detectar sus estratagemas, mediante rodeos y circunloquios cuya intención él percibía perfectamente, su madre intentaba obtener información.

Para tener que contar lo menos posible, Théo fingía no entender las preguntas, o contestaba con evasivas.

En aquella época, su madre se echaba a llorar por las buenas, sin avisar, porque no conseguía abrir la tapa de un tarro de confitura, porque no encontraba un objeto que había desaparecido, porque no funcionaba el televisor, porque estaba cansada. Y cada vez le parecía recibir el sufrimiento de su madre en su propio cuerpo. Tan pronto era una descarga eléctrica como un corte o un puñetazo, pero siempre sufría su propio cuerpo la repercusión del dolor para absorber su parte.

Al principio, cada vez que volvía de casa de su padre, le preguntaba: ¿Te lo has pasado bien? ¿No has llorado? ¿Has pensado en mamá? Habría sido incapaz de explicar por qué, pero se sentía atrapado de inmediato. No sabía si debía tranquilizar a su madre diciéndole que todo había ido bien o por el contrario asegurar que se había aburrido y la había echado de menos. Un día en que Théo debía de parecer demasiado alegre después de haber pasado la semana *en el otro lado*, el rostro de su madre cobró una expresión horriblemente triste. Enmudeció, y a él le dio miedo que volviera a echarse a llorar. Pero al cabo de unos minutos le dijo en un susurro:

—Lo importante es que seas feliz. Mira, si no me necesitas, me voy a ir. De viaje, quizá. A descansar.

Théo aprendió muy pronto a interpretar el papel que se esperaba de él. Palabras vertidas con cuentagotas, expresión vaga, mirada gacha. Escurrirse. A ambos lados de la frontera se había impuesto el silencio como la mejor postura, la menos peligrosa.

Al cabo de un tiempo que no sabe calcular, *la zorra* desapareció. Por lo que pudo entender a través de retazos de conversaciones telefónicas a uno y otro lado, aquella mujer tenía hijos a quienes no habría hecho gracia que se divirtiese en el Jardín Botánico sin ellos y un marido a quien no había querido abandonar.

Poco a poco, su madre dejó de llorar. Vendió los muebles y compró otros, más bonitos, luego pintó las paredes del piso. Théo eligió el color de su cuarto y el

de la cocina.

Al volver de la semana en casa de su padre, su madre dejó de indagar. No preguntaba ya qué había hecho ni con quién. Tampoco si se lo había pasado bien. Por el contrario, evitó el asunto. No quiso volver a saber nada.

Ahora ese tiempo que él pasa fuera de su casa ha dejado de existir. Una noche le dijo a Théo que había tachado de su vida *todo eso* y no quería volver a oír hablar de ello.

Su padre ya no existe. Ha dejado de pronunciar su nombre.

HÉLÈNE

Yo quería que se tratara el caso de Théo Lubin en la siguiente reunión de urgencia. Frédéric me convenció de que esperase un poco más. Según él, no dispongo de elementos suficientes para solicitarlo. Además tratar un caso siempre deja rastros, Théo y su familia podrían resultar perjudicados posteriormente, una cosa así no podía tomarse a la ligera.

¿Acaso parecía yo tomármelo a la ligera? Me despierto todas las noches sofocada por la angustia, y con frecuencia tardo dos o tres horas en volverme a dormir. Se me han pasado las ganas de salir con mis amigos, de ir al cine, me niego a distraerme. De todas formas, *el caso* no es un caso, no tengo ninguna prueba que incluir en el sumario y tendría que rebatir a la enfermera, que no considero necesario convocar a los padres, aunque por el momento no haya recibido respuesta a la carta que dirigió a la madre.

Consentí en esperar un poco. Frédéric me prometió dedicar una atención especial a Théo, aunque solo da clase a los de segundo una hora a la semana.

Ayer por la tarde, cuando vi entrar a Théo en la clase, justo detrás de Mathis, me dio un vuelco el corazón. Lamenté haber claudicado. Lo vi de inmediato raro, inestable, caminaba con precaución, como si el suelo amenazase a cada paso con ceder bajo sus pies. Había que ver al crío apoyarse en las mesas para llegar a la suya, me quedé de piedra, parecía un borracho. Pensé que se había herido en la pierna, o en la espalda, le costaba avanzar. Después se dejó caer en su asiento, aparentemente aliviado de haber conseguido llegar hasta allí. Rehuía mi mirada sin despegar los ojos del suelo.

Cuando todos los alumnos ocuparon sus asientos, cuando cesó la algarabía sin que él hubiera movido un dedo, le pregunté por qué no sacaba el cuaderno. Sin alzar la vista hacia mí, con un hilo de voz, me dijo que se le había olvidado.

Sentí que me invadía el pánico. Me asaltaban imágenes sin que pudiera dominarlas. No conseguía sosegar me, recobrar el aliento, no podía evitar observarlo para tratar de entender lo que ocurría.

Entonces vi las heridas en su cuerpo, las vi tan nítidamente como si llevase la ropa desgarrada en esos lugares concretos para dejar a la vista las contusiones y la sangre. Me faltaba el aire, miraba a los demás alumnos, escrutaba en sus rostros el momento en que se dieran cuenta, esperaba que uno de ellos, siquiera uno,

podiese ver lo que yo veía, pero seguían todos allí, inmóviles, esperando la frase que me disponía a pronunciar o el comienzo de la clase. Me repetí varias veces las palabras *soy la única que ve sus heridas, la única que ve que está sangrando*, cerré los ojos, intentaba razonar, calmar la respiración, encontrar, con su entonación firme y tranquilizadora, las palabras de la enfermera que le había examinado: «No había nada, ninguna señal, ningún indicio, ninguna cicatriz.»

No había nada.

Salvo que los golpes yo los recibí y que a mí no me engañan.

Hugo me preguntó suavemente desde la primera fila:

—¿Se encuentra bien, profesora?

Las imágenes no cesaban.

Inspiré profundamente, pedí a los alumnos que sacaran una hoja doble y formulé las preguntas del control sin molestarme en escribirlas en la pizarra.

¿De qué sirven los alimentos que consumimos a diario?

Cita los grupos de alimentos que conocéis.

¿Cuál es la unidad de medida que se utiliza para evaluar la cantidad de energía aportada por los alimentos?

Una de las chicas sentadas en la primera fila (Rose Jacquin, seguramente, que no pierde nunca la ocasión de tomar la palabra) me interrumpió:

—¡Corre demasiado, profesora!

Nunca había hecho un control sin avisar, soplaban vientos de rebeldía por la clase. Théo seguía con la cabeza inclinada, se tapaba la cara y ya no le veía los ojos. Le propuse ir a la enfermería, pero no quiso.

Incrédulos al principio, los alumnos terminaron callándose y se pusieron a trabajar. So pretexto de impedir posibles cuchicheos, ahora podía observarlo. Tenía el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante y el bolígrafo alzado. Había plantado la mano libre sobre la hoja para apoyarse. Daba la impresión de que no lograba fijar la atención en el papel, sus ojos buscaban un punto de referencia que no

encontraban.

Al cabo de unos minutos, me metí entre las filas de mesas. Al pasar vi que no había escrito nada, le cubría la frente un velo de sudor. Me entraron ganas de acariciarle el pelo. Me entraron ganas de sentarme a su lado y abrazarlo.

Pasé varias veces por delante de su mesa, pero en ningún momento alzó la cabeza para mirarme. No me hallaba ya en su campo de visión.

Tal vez estaba enfadado por lo de la enfermera. Me expresaba que le había traicionado, que ya no merecía su confianza.

Volví a mi sitio, en el escritorio. En el silencio, conseguí calmarme y fingí ponerme a corregir deberes.

Cuando sonó el timbre, pedí a Rose que recogiera los controles. En el momento en que alzó los de Théo y Mathis, se detuvo. Soltó una risa aguda, de sorpresa o de connivencia, no sabría decirlo.

Miré salir a los alumnos, Théo caminaba con paso un poco más firme, pero había algo que no encajaba, estaba segura, algo que se me escapaba.

Cuando se vació el aula, hojeé los controles hasta dar con el suyo. Se había limitado a escribir su nombre en el margen. No había copiado el enunciado de las preguntas, ni intentado contestar.

En cambio, había tratado de reproducir uno de los esquemas que les había repartido en clase hacía unos días y que representaba el sistema digestivo. De manera simple pero precisa, había trazado el contorno de un cuerpo humano, de la cabeza a la cintura. En el interior de esa figura, a lápiz, había reproducido la boca, el esófago, el estómago y el intestino, enrollado sobre sí mismo como una serpiente. En el hueco del estómago, había dibujado algo, al principio pensé que era una verdura, o una flor, el dibujo era confuso, tuve que acercar la hoja a la cara y alejarla un poco para comprender que se trataba de una calavera.

CÉCILE

Ayer, Mathis volvió borracho del colegio.

Advertí ese brillo en los ojos, y la ligera desincronización de sus gestos, le pedí que se acercara y me soplara en la cara para respirarle el aliento.

No cabía la menor duda.

No había bebido sidra, ni cerveza, nada de eso. Había bebido alcohol fuerte.

Soy hija de alcohólico, fue lo que dije para iniciar la sesión, a modo de preámbulo, en la consulta del doctor Felsenberg. Antes mismo de sentarme. Había que dejar las cosas bien claras. Mi padre bebía en cuanto regresaba del trabajo, a diario, y ya muy entrada la noche. Repetía hasta el mareo las mismas frases, ante una botella de vino de mesa, tinto preferentemente. Echaba pestes contra el mundo entero, los conductores, los animadores, los cantantes, los vecinos, los políticos, los farmacéuticos, los jefes de sección, los empleados, los encargados, los delegados y los que me dejó. Nunca se mostró agresivo con nosotros, ni con mi madre. Lo vi así toda mi infancia y adolescencia, sentado ante una pantalla que apenas miraba, repitiendo hasta el infinito aquel monólogo perpetuo que ya no escuchábamos. Por decirlo así, formaba parte del mobiliario. Creo que siempre he sentido por él un afecto indulgente, aunque salpicado de vergüenza. Nunca invité a casa a ningún compañero de clase. Era un hombre consumido, que ahogaba en el alcohol una sensibilidad agobiante, inadaptada a su entorno. Nunca oí quejarse a mi madre. Se hacía cargo de todo, no solo lo que atañía a la vida doméstica, sino también los papeles, la administración, la salud, la escuela, los impuestos. Decían que era una santa. Yo no entendía por qué, pues no creía en ningún Dios. Sin embargo, aguantaba a aquel hombre que prefería desde hacía tiempo el alcohol a cualquier otro consuelo. Cuando se quedó sin trabajo, pensé que se hundiría. Pero el programa siguió siendo el mismo, con la única diferencia de que comenzaba antes. Se mantuvo en la superficie, sin levantar olas, tan solo la cabeza fuera del agua. No se movía casi. Se acomodaba en el mismo sitio, mantenía el mismo ritmo (entre tres y cinco copas por hora) y subía a acostarse tras comprobar que las luces estaban apagadas. Se dejaba morir, sin hacer ruido. Mi madre no hizo nunca la menor observación, ni formuló la menor protesta. Mi hermano mayor trabajaba desde hacía años de vigilante nocturno en un almacén de material electrónico. Desde que rompió con su novia, pasaba los días encerrado en su cuarto escuchando discos. Yo le miraba el color de la piel y me preguntaba cuánto tiempo podía vivir sin ver la luz del día.

Una noche, el noticiario difundió un reportaje sobre una marea negra provocada por un petrolero accidentado. Estábamos sentados a la mesa. Miré aquellas aves, embadurnadas de petróleo, y de inmediato pensé en nosotros, en todos nosotros, aquellas imágenes nos representaban mejor que cualquier foto de familia. Éramos nosotros, eran nuestros cuerpos negruzcos y grasientos, privados de movimiento, aturcidos y envenenados.

Al día siguiente, partimos los cuatro en coche a la boda de un primo. Conducía mi hermano. Llevaba lloviendo toda la mañana sin parar. La lluvia rebotaba en el parabrisas con un ruido metálico. El cielo estaba bajo y aguardaba a que alcanzáramos el horizonte para cerrarse sobre nosotros como una mandíbula. Largos rosarios de gotas temblaban en los cristales laterales fustigados por el viento. El ruido de los limpiaparabrisas resonaba en el habitáculo, un roce húmedo, persistente, una letanía hipnotizante que incitaba a la somnolencia. Mi padre iba sentado delante, al lado de mi hermano. Miraba al frente, pero no miraba nada. Mi madre, a mi lado, mantenía el bolso sobre las rodillas, como si una señal repentina pudiera, de un momento a otro, obligarla a salir del coche. Me daba perfecta cuenta de que ella también controlaba el velocímetro. Porque Thierry conducía rápido, muy rápido. Y eso que apenas había visibilidad a unos metros. Le pedí por primera vez que redujera la velocidad. Fingió no oírme. A los pocos minutos, cuando circulábamos todavía más deprisa, se lo pedí más secamente. Mi hermano rezongó algo que significaba que controlaba la situación, y se acercó de forma insistente al coche de delante para que nos cediera el paso. Mi padre miraba hacia un punto fijo al frente, con esa cara de renuncia que siempre le he conocido, mi madre se había hecho un ovillo sobre su bolso. Pero yo veía el agua proyectada en haces laterales por los coches que adelantábamos unos tras otros, luego las luces traseras se pusieron a danzar ante mis ojos, hasta que todas las luces comenzaron a enturbiarse.

Un silencio de muerte invadió el coche.

Entonces me vino a la cabeza la expresión *a tumba abierta*. La atmósfera mortífera que me asaltaba de repente no era solo la del coche, era aquella en la que vivíamos desde hacía años. Me puse a vociferar.

—¡Para! ¡Para ahora mismo! ¡Quiero bajar del coche!

Mi hermano, estupefacto, redujo la velocidad.

—¡Quiero bajar del coche! ¡Para! ¡Dejadme bajar! ¡Quiero bajar! ¡Quiero

bajar!

Gritaba como una loca.

Unos cientos de metros más allá, Thierry se detuvo en la primera área de descanso. Paró en seco, y yo seguía repitiendo esa frase, quiero bajar, quiero bajar, entendéis, quiero bajar, aunque en realidad gritaba quiero vivir y lo entendían muy bien.

Salí del coche. Sin decir nada, mi padre abrió la portezuela, dio la vuelta por delante y abrió la de Thierry. Mi hermano se desplazó al otro lado para dejarle el asiento del conductor. Mi padre me indicó que subiera al coche y yo negué con la cabeza, me temblaba todo el cuerpo.

Dudó un segundo y arrancó.

Cuando rememoro aquel momento, la última mirada que me lanzó antes de reincorporarse al tránsito, sé que mi padre comprendió aquel día que iba a abandonarlos. Que no tardaría en desplazarme a otros mundos, a otro estilo de vida, y que sin duda un día dejaríamos de hablar la misma lengua.

Miré alejarse nuestro coche. Estaba al borde de una carretera nacional, a lo lejos veía recortarse una ciudad o una aldea. Eché a andar. Al cabo de unos minutos, paró una mujer. Se ofreció a llevarme.

Vengo de una familia en la que se dice delante *tuyo* o detrás *nuestro*. O se dice «tita Nadine» y «tito Jacques». Estoy *seguro que* vendrá. *Andé* hasta su casa. *Comemos* todas las noches a una hora fija ante el noticiario. Que las cosas queden bien claras.

Cuando conocí a William, descubrí un universo cuyas pautas y tabúes ignoraba. Me corregía, suavemente, cuando cometía faltas. Más adelante, me felicitó por mis progresos, leía decenas de libros y aprendía rápido. Estaba orgulloso de mí. Cuando nació Sonia, o mejor dicho cuando comenzó a pronunciar sus primeras palabras, me dijo que en ningún caso debía llamar a mi madre «yaya», o «tito Thierry» a mi hermano. Habían de cumplirse esas normas. Educamos a nuestros hijos en la lengua que es la suya. Dicen «abuela» y «abuelo», delante *de ti*, detrás *de nosotros*, *almuerzan* o *cenan*, pero no *comen* nunca.

Eso es lo que conté, con ese mismo desorden y en un torrente ininterrumpido (a decir verdad, como quien lleva varios años sin abrir la boca),

para explicar al doctor Felsenberg la violencia de mi reacción cuando descubrí que Mathis había bebido.

Sí, por supuesto, enseguida pensé que aquello le venía de mí, que era culpa mía. No tiene aún trece años y bebe alcohol, ¿no es esa la prueba de que algo dormita en su interior que está pidiendo surgir, rugir, algo que viene de mí, por supuesto, de *mi lado*? Porque no me cabía la menor duda de que, si lo hablaba con William, a buen seguro me haría esta pregunta: ¿de dónde le viene?

Pero no tenía ningunas ganas de hablar con William.

¿De qué ha servido derrochar tanta energía y pasar tanto tiempo adaptándome a las circunstancias, borrando en mí todo lo que perturbara los oídos de mi marido y su familia, intentando transmitir a mis hijos expresiones elegantes y modales refinados?

¿De qué ha servido decir «estoy seguro *de que* vendrá» y «*anduve* hasta su casa» si hemos llegado a esto?

THÉO

Cuando salió del colegio, necesitaba tomar el aire, caminar, no podía volver enseguida, resultaba demasiado arriesgado.

Al cabo de unos veinte minutos se disipó la sensación de embriaguez, su aliento formaba en el frío una nubecilla de humo, el alcohol se evaporaba.

Poco antes de las siete de la tarde, abrió la puerta del piso, se cercioró de que el campo estaba despejado. Desde hace unos meses, su madre acude a una clase de gimnasia los viernes a última hora de la tarde. Ello les evita a ambos ese momento crispado de la separación, saturado de medias palabras e impronunciables recomendaciones. Por lo general, le envía un mensaje un poco más tarde para anunciarle que ha llegado bien. Ella se limita a contestar con un «OK».

La conexión se interrumpe durante una semana. Fin de la transmisión.

Buscó por todas partes el chándal sin poder dar con él. Fue a mirar en el cesto de la ropa sucia y comprobó que no estaba secándose.

En unos minutos, Théo reunió el resto de sus cosas para la semana y cerró con llave tras él.

Tomó el metro hasta la place d'Italie.

Llega al pie del edificio.

Le gustaría haber conservado, en un lejano rincón de su cerebro cuya puerta pudiera abrir ahora, una vaga sensación de ebriedad. Busca en sí mismo el rastro de la embriaguez. Le gustaría recobrar la impronta del alcohol en sus movimientos, una lentitud, un embotamiento, siquiera ínfimo, pero no queda ya nada. Ha perdido el caparazón. El aire del invierno lo ha quemado todo. Vuelve a ser ese niño que detesta, que pulsa el botón del ascensor muerto de miedo. El miedo emerge de un sueño aletargado cuyo sabor ambarino ha desaparecido, se difunde por todo su cuerpo y acelera su ritmo cardíaco.

Cuando Théo llama a la puerta, su padre tarda unos minutos en abrirle. La última vez hubo de esperar media hora, lo oía en el interior, o más bien percibía su presencia, una respiración o un roce, pero su padre no estaba listo para abrirle, para recibirlo, como si ese tiempo cada vez más largo que necesita para acercarse a la puerta de entrada le permitiera volver a ser un ser humano. Es lo que adivina

hoy, mientras espera en el rellano, que su padre necesita todo ese tiempo para ser capaz de encararse con él. Tiene la llave de abajo, pero no la del cerrojo que su padre cierra cuando necesita saber que nadie va a molestarlo. Entonces Théo acaba sentándose en lo alto de la escalera y espera. Y cada ochenta segundos se levanta para encender la luz.

Cuando su padre acaba apareciendo, aunque Théo se ha preparado todo el día para enfrentarse a esa imagen, aunque la ha convocado mentalmente decenas de veces para acostumbrarse a ella, aunque sabe desde hace meses que lo encontrará en ese estado, le cuesta disimular el movimiento de rechazo que su cuerpo le produce a su pesar. De rechazo y de asco, porque cada vez es peor, peor que la semana anterior, como si fuera posible llegar cada vez más lejos en el abandono de uno mismo. En una fracción de segundo, Théo lo graba todo en su memoria, el pijama, la mancha de huevo o de orina a la altura del sexo, la barba, el olor, los pies descalzos en las chanclas, las uñas demasiado largas, las pupilas que se dilatan e intentan adaptarse a la presencia de otro ser humano.

Luego su padre le sonríe, con una suerte de mueca que se asemeja a la de la pesadumbre.

Antes, su padre tiraba de él para abrazarlo, pero ahora ya no se atreve. Huele mal y lo sabe.

Acto seguido regresa a su cama, o se sienta ante su escritorio, ante el ordenador, hace un esfuerzo sobrehumano para formular alguna pregunta. Théo podría describir con todo detalle la lenta progresión de ese esfuerzo, sus mecanismos y su desarrollo, cuyo chirrido oxidado, insoportable, le parece percibir. Ese tiempo que necesita su padre para discurrir las preguntas y después para formularlas. Merced a una especie de ritual defectuoso, pregunta por el colegio, el equipo de balonmano (que Théo abandonó hace casi un año), pero es incapaz de concentrarse en las respuestas. Théo acaba siempre irritándose porque su padre le hace dos veces la misma pregunta o porque finge escuchar. En ocasiones, intenta confundirlo, pillarlo en flagrante delito de falta de atención, le hace repetir de pronto lo que acaba de decirle y luego lo deja empantanarse a partir de algunas palabras que su cerebro ha registrado de manera superficial, en una inútil tentativa de reconstrucción. Su padre no sale tan mal del paso, a decir verdad. Entonces, Théo no puede evitar sonreírle, dice no es grave, tranquilo, te lo contaré otra vez.

Más adelante, repasaré los restos de la nevera, tirará todo lo que está

podrido o enmohecido, comprobará las fechas de caducidad. Deshará la cama de su padre, abrirá las ventanas para ventilar las habitaciones. Si queda ropa sucia, pondrá la lavadora. Y conectará el lavavajillas. O bien dejará antes los platos en remojo por los restos de comida, a veces tan secos que parecen incrustados.

Luego bajará con la tarjeta azul de su padre e irá al cajero. Primero intentará sacar cincuenta euros. Si la máquina dice que no, reanudará la operación para sacar veinte. Diez, si no es posible.

Irá al Franprix para hacer algunas compras.

A su regreso, intentará convencer a su padre de que se levante, se lave, se vista. Subirá la persiana eléctrica y acudirá a hablar con él a su cuarto. Intentará sacarlo fuera, al menos para caminar un poco. Lo llamará desde la sala, varias veces, para ver juntos una película o un programa de tele.

O bien no hará nada de todo eso.

En esa ocasión, tal vez no se vea con fuerzas.

Tal vez deje todo como está, así, sin intentar reparar, ordenar. Tal vez se limite a sentarse en la oscuridad, a balancear las piernas entre las patas de la silla, porque no sabe ya qué decir, qué hacer, porque sabe que todo eso es demasiado duro para él, que no es lo bastante fuerte.

Cuánto tiempo lleva su padre sin trabajar, no lo recuerda. Dos años. O tres. Sabe que una noche prometió callar. Porque si se entera su madre de que su padre ya no trabaja, lo lleva a juicio para obtener la custodia exclusiva. Es lo que dijo su padre.

Prometió guardar silencio, por eso tampoco le dijo nada a su abuela, ni a la hermana de su padre, que a veces telefoneaba.

Antes, su padre trabajaba demasiado. Volvía tarde de la oficina, se pasaba las veladas al ordenador, se acostaba tarde. Un día, lo pusieron de patitas en la calle. *Poner de patitas en la calle*. Siempre se imaginó a su padre tumbado boca abajo, inmovilizado en el suelo bajo la bota del superior jerárquico, en señal de victoria o de dominio. En realidad, aquello significaba que a su padre no se le permitía volver a su trabajo, dejaba de tener acceso a sus dossiers y a su ordenador. ¿Había cometido una falta? ¿Un grave error? Théo era demasiado pequeño para que su padre le explicase lo ocurrido, pero se le quedó grabada aquella imagen de la

terrible humillación con la que lo habían aniquilado.

Durante unos meses, su padre buscó trabajo. Poseía una formación que le permitía ampliar sus competencias, había reanudado las clases de inglés. Acudía a citas, concertaba entrevistas.

Pero poco a poco los contactos que su padre seguía manteniendo con el exterior fueron remitiendo y todo cuanto lo vinculaba con los demás, todo cuanto permitía esperar que algún día reemprendería alguna actividad, todo cuanto lo obligaba a salir de casa se quebró. Théo no reparó en ello enseguida, porque esa ruptura —contrariamente a la de sus padres, que les había llevado a destrozarse durante meses, a través de abogados, en una lucha sin tregua de la que él había sido el testigo reducido al silencio— se efectuó sin drama, sin escándalos. Al principio, su padre comenzó a vegetar más tiempo en casa, por las mañanas, por las tardes. Le encantaba pasar el rato con él. Salían a dar paseos en coche, su padre conducía con una mano, relajado, y decía ¿a que estamos bien los dos? Planeaba llevarlo a Londres, o a Berlín, cuando hubiera reflatado su economía. Hasta que dejó de conducir por falta de gasolina para el coche. Y luego dejó de salir del edificio. Y entonces vendió el coche. Y a continuación limitó al máximo sus salidas fuera de la cama o del sofá del salón. Ahora, por cien euros al mes, cede la plaza de parking a su vecino, lo que supone una parte importante de sus ingresos.

Cuánto hace que dejaron de *dar paseos*, de jugar a los Mil Hitos o a las carreras de caballos, cuánto que su padre no prepara una cena, enciende el horno, cuánto que no sube él mismo las persianas, lava la ropa blanca, baja la basura, Théo ha perdido la cuenta.

Cuánto hace que no vienen su abuela, su abuelo, su tío y su tía, cuánto que su padre toma medicamentos, se pasa el día dormitando, prácticamente ya no se lava, cuánto que a veces tienen que comer toda una semana con veinte euros, también ha perdido la cuenta.

MATHIS

No puede ver a amigos durante el fin de semana porque su madre se dio cuenta de que había bebido. Lo sometió a interrogatorio con método. Si no se les permite salir durante las horas de permanencias, quería saber mediante qué triquiñuela había podido beber dentro del recinto del colegio. ¿Terminó una hora antes? ¿Salió sin permiso? En pocos minutos, Mathis se inventó una historia bordada: una chica de su clase había llevado una botella de ron para hacer un pastel y se habían repartido el que había sobrado. Al ser el sabor un poco dulce, aromático, se les fue la mano. Su madre es la clase de madre capaz de creer que se siguen haciendo pasteles en el colegio. Quería saber si estaba Théo con ellos (está convencida de que Théo está detrás de todo). Con un aplomo que le sorprendió a sí mismo, contestó que no. Théo no estaba allí.

La madre acabó desistiendo. Por esa vez, no le diría nada a su padre. Pero le avisó: si aquello se repetía, si descubría que volvía a consumir alcohol en el colegio, o fuera, no dudaría en hablar con él.

Tampoco le permitió jugar con la consola. Ni comunicarse con nadie, porque le confiscó el móvil. De todas formas, cuando Théo está con su padre, no se ven nunca.

La tarde del sábado, Mathis fue con ella a comprar deportivas nuevas porque empezaban a quedarle un poco pequeñas. Al salir de la tienda, fueron a ver a su hermana mayor, que comparte vivienda con una compañera junto al cementerio de Montparnasse, para dejarle unas cosas que su madre había querido comprarle. Tomaron un té con Sonia y regresaron andando. En el camino de vuelta, miraron los afiches de las películas y hablaron de cuáles les gustaría ver.

Durante toda la tarde, Mathis percibió en su madre esa melancolía difusa que aborrece porque no puede evitar la impresión de ser él el culpable. Está esa tonalidad particular de su voz que le parece que solo oye él, y esa manera que tiene de mirarlo como si se hubiese hecho adulto en una noche o se dispusiese a irse a la otra punta del mundo. O como si hubiera hecho algo malo de lo que no era consciente.

El lunes por la mañana, se encontró con Théo en la puerta del colegio. Su amigo había investigado durante el fin de semana, tenía planes que le urgía explicarle.

Cuando el señor Châle recogió el dinero que los padres debían entregar para la velada en la Ópera Garnier, Théo alegó que su madre no quería que él participase en la salida debido a los atentados. El señor Châle dudó unos segundos en hacer más preguntas, se veía claramente, pero cambió de idea.

Mathis sabe que no es verdad. No es por su madre. Théo no irá porque no tiene dinero. Y no es la primera vez.

HÉLÈNE

Caí en la cuenta de que no teníamos la dirección del padre, que habitualmente figura en los impresos que los alumnos rellenan al comenzar el curso. No teníamos ni su número de teléfono para avisarle en caso de accidente. Decidí convocar a la madre sin ningún motivo en particular. No lo hice a través de Théo ni de la página web del colegio; le envié un mensaje lacónico por correo con mi número de teléfono, pidiéndole que se pusiese en contacto conmigo lo antes posible. Me telefoneó el mismo día, su voz traslucía inquietud. Théo no le había comunicado el mensaje de la enfermera, por eso no había contestado. Ignoro por qué motivo, me cayó antipática desde el primer instante. Me dijo que Théo estaba en casa de su padre hasta el siguiente viernes, podía acudir cualquier tarde después de las seis según me conviniera. La cité para el día siguiente.

En el patio, vi acercarse a lo lejos su frágil figura, ceñida en un impermeable beige, no llevaba ni pañuelo ni joyas, avanzaba apretando el paso. El color de su ropa, su manera de moverse, de sostener el bolso, todo denotaba hasta qué punto deseaba ajustarse a lo que se esperaba de ella, tener el tono adecuado. Nos reunimos bajo el patio cubierto y subimos juntas a la sala de prácticas. No guardaba el menor parecido con la mujer que me imaginaba.

Comencé hablándole de Théo. Dije que me parecía cansado, muy cansado. Que le costaba cada vez más seguir el hilo de la clase. Había estado varias veces en la enfermería, y no había contestado a ninguna pregunta del último control. Al principio puso cara de no entender, los resultados de su hijo eran buenos, no veía dónde estaba el problema.

Dije: el problema, señora, es que su hijo no está bien. No cuestiono su inteligencia, le hablo de él, de su creciente dificultad para concentrarse.

Me miró durante unos segundos. Intentaba valorar lo mala que yo podía llegar a ser, estoy segura, calibraba el peligro que habría entrañado mandarme a paseo, así, sin preámbulos: métase en sus asuntos.

Adoptó una voz dulce y firme, que debía de producir su efecto en el ámbito profesional.

—Mi hijo está muy bien. Es un adolescente al que le cuesta dormir y que pasa demasiado tiempo ante las pantallas, como todos los jóvenes de su edad.

No soy de las que se dan fácilmente por vencidas.

—Para doce años, es un poco joven.

—Cumplirá trece dentro de unos días.

—¿Tiene usted idea de la vida que lleva cuando está con su padre? ¿Tiene horarios regulares?

Tomó aire antes de contestarme.

—Mi marido me abandonó hace seis años y no mantenemos ya ningún contacto.

—¿Ni siquiera para hablar de Théo?

—No. Es mayor. Está en custodia compartida.

—¿Ese tipo de custodia le conviene?

—Mi exmarido lo quiso así para reducir la pensión alimenticia, que por cierto ha dejado de pagar.

Sentía que me asaltaba una ira ciega contra aquella mujer, me invadía algo oscuro y feroz que no podía contener. Percibía tras su frágil apariencia la solidez de aquel cuerpo, me entraron ganas de verla retroceder a sus zonas protegidas, de sentirla doblegarse.

—Se niega usted a que Théo participe en las salidas escolares. Es una pena, porque las salidas son un momento importante para la cohesión de la clase.

Su sorpresa era tal que difícilmente podía ser fingida.

—¿Me está diciendo que no participa en las salidas?

—No. En ninguna.

Quería ir más lejos, sacarla de sus casillas.

—Si es un problema económico puede pedir una ayuda a la oficina...

Alzó la voz para interrumpirme.

—No es un problema de dinero, señora Destrée. Pero cuando está en casa de su padre, a quien le toca pagar es a su padre.

Dejó que resonaran las palabras unos segundos.

—Al director le extraña también que no vaya usted nunca a las reuniones de padres y profesores.

—No voy porque no puedo arriesgarme a encontrarme allí con mi exmarido... No... No podría soportarlo.

—Tampoco hemos visto nunca a su exmarido, y no estoy segura de que esté al tanto de esas reuniones, dado que usted no juzgó útil proporcionarnos sus señas.

Guardó un instante de silencio, tratando de entender.

—Esos impresos los rellenó Théo. A comienzos de curso, cuando me hizo firmar las hojas de información, me di cuenta de que no había puesto la dirección de su padre, pero me dijo que pensaba hacerlo.

Noté que vacilaba. Una duda quebrantaba su sistema de defensa.

Tenía ganas de herirla, me venían a la mente palabras cortantes y sarcasmos que a duras penas lograba contener, hacía años que no me pasaba algo parecido.

Aquella mujer no protegía a su hijo, y eso me sacaba de quicio.

—¿Su exmarido era violento?

—No, en absoluto. ¿Por qué me lo pregunta?

Había traspasado la línea roja. La línea roja quedaba lejos detrás de mí.

—Verá, señora, cuando una se encuentra a sus hijos en el fondo de un pozo o colgados de una cuerda, es ya demasiado tarde.

Me miró como si estuviera poseída. Buscó a su alrededor un testigo o un apoyo. Pero estábamos solas en aquella sala de prácticas, blanca y embaldosada, en medio de mesas de trabajo y microscopios; en el aire flotaba un olor a detergente que traía a la memoria el de los hospitales. Al fondo del aula, goteaba el grifo de la pila como un metrónomo.

Entonces, sin dar ninguna señal previa, se cubrió la cara con las manos y rompió a llorar. No me lo esperaba e intenté rectificar torpemente.

—Escuche, varios profesores venimos observando que Théo no se encuentra muy bien. Se mantiene al margen. El problema es que tire la toalla.

Seguía llorando mientras buscaba algo en el bolso, repitió varias veces no lo entiendo, no lo entiendo, no había ya en ella arrogancia ni impostura alguna. Observé en su cuello restos de base mal extendida y en sus mejillas rojeces que el maquillaje ya no disimulaba. El cuello de su blusa estaba un poco gastado, y sus manos me parecieron muy estropeadas para su edad. Era una mujer a quien la vida no había tratado bien. Una mujer cuyos sueños habían sido pisoteados y que intentaba salir bien parada.

De pronto me avergoncé de haberla hecho venir y haberla presionado de ese modo. Sin ninguna razón admisible.

Debía dar por terminada la conversación, calmar el ambiente, devolver a ese momento una apariencia de normalidad. Acabé alargándole un kleenex.

—Creo que debería llevar a Théo a un médico de familia. Asegurarse de que está bien, de que no tiene... carencias... Su estado de fatiga nos preocupa. La enfermera opina lo mismo.

Se rehízo con la misma rapidez con la que se había venido abajo. Se comprometió a pedir hora al día siguiente, y me dijo que le preguntaría a Théo lo de las salidas escolares.

Nos separamos al pie de las escaleras.

La miré alejarse bajo el patio cubierto. Se volvió hacia mí por última vez antes de cruzar la verja, como para comprobar que no la seguía.

Cogí el teléfono del bolso para llamar a Frédéric.

Descolgó al primer timbrazo y dije: he hecho una gilipollez. Una auténtica gilipollez.

THÉO

Entró el último en el gimnasio. Los alumnos estaban sentados en corro en las colchonetas de espuma, la señora Berthelot estaba de pie, junto a la puerta, a la espera de los impuntuales, para su habitual inspección de la ropa de deporte.

La señora Berthelot entiende por *ropa de deporte* el equipo completo: parte superior e inferior del chándal, zapatillas deportivas de verdad —no confundir con zapatillas Espace y otros modelos rutilantes.

Unas semanas atrás, había castigado a Théo y este tuvo que copiar cincuenta veces: *tengo que llevar la ropa de deporte a la clase de educación física de los martes a las dos*.

Hoy, al pasar delante de ella, lo ha parado con un gesto.

—¿No llevas el chándal?

Théo explica que esta semana estaba con su padre y que antes de salir lo había buscado por todas partes en casa de su madre sin encontrarlo.

—¿No tienes chándal en casa de tu padre?

Él ha negado con la cabeza, pero ella no tenía intención de soltar a su presa.

—¿Y tu padre no te puede comprar un chándal?

No, su padre no podía comprarle un chándal. Su padre no cobraba el paro, no salía ya de su casa y caminaba a pasitos como un zombi.

Habría podido soltarlo todo, así habría tenido la impresión efímera de marcar un punto. Pero sabe que es dura de pelar y que le gusta tener la última palabra. Además, era capaz de tomárselo en serio.

La profesora sigue lamentándose. Está harta, totalmente harta, de los alumnos que se creen que todo les está permitido y se presentan en clase vestidos de calle como si aquello fuera una partida de dominó en un salón. Pero ¿quién se creen que son?

Le sigue cortando el paso, acaba cayendo la sentencia:

—Coge un pantalón del baúl de la ropa olvidada y ve a cambiarte.

Es una orden, pero Théo no se mueve.

—¡Vamos!

Sabe perfectamente que no hay más que un pantalón de chándal en el baúl y que lleva diez años pudriéndose allí. Además, es de color rosa y minúsculo.

Théo protesta por última vez antes de sacar el pantalón y se lo enseña, para que ella se dé cuenta, lo ha cogido con la punta de los dedos, esperando que se eche atrás.

—Pues te lo pones y das cuatro vueltas al gimnasio corriendo.

Théo farfulla que el chándal huele mal.

—Así aprenderás a no olvidarte siempre la ropa.

No tiene intención de ceder. Además, no piensa empezar la clase hasta que se haya puesto el pantalón y dado las cuatro vueltas.

Théo se encamina al vestuario y vuelve a los pocos minutos. El chándal rosa le llega hasta media pantorrilla. Espera ser recibido con risitas y burlas, pero nadie se ríe. Mathis repite varias veces qué mal señora. La señora Berthelot le ordena que se calle o se la ganará también.

La clase ha dejado de hablar. El gimnasio nunca había estado tan tranquilo.

Théo se pone en marcha, despacio, a pequeñas zancadas, corre las cuatro vueltas exigidas en medio de un silencio de muerte.

Siente que una ola de calor le sube a las mejillas, en la vida recuerda haber sentido tanta vergüenza.

¿Pueden ver los demás desde donde están que en las gomas del pantalón aparece la palabra Barbie?

Al concluir las cuatro vueltas, ni una sola risa, ni un comentario.

Se detiene ante ella, ella le indica que se incorpore al grupo, sentado con las

piernas cruzadas en las colchonetas.

Ella dice: muy bien.

Théo se coloca junto a Mathis. Cuando Mathis alza la cabeza para sonreírle, descubre que a Théo le sangra la nariz. Un chorro abundante que no tarda en manchar la camiseta, el chándal y la colchoneta del suelo. Las chicas se ponen a gritar. Théo no se mueve. Mathis se ofrece para acompañarlo a la enfermería, pero la señora Berthelot le indica a Rose que lo acompañe.

Ante las miradas de terror, Théo sale del gimnasio, la cabeza echada hacia atrás, con un kleenex bajo la nariz.

Cuando se marchan, la señora Berthelot pasa diez minutos limpiando la sangre.

Por la noche, al volver Théo a casa, su padre está sentado en la cocina. Ha sacado los biscotes y la confitura, vertido leche en el cazo y chocolate en polvo en los tazones.

Para un hombre en su estado, eso supone un sinfín de esfuerzos que Théo valora en su justa medida. Un empeño de mantenerse en el límite del desastre, que ha observado varias veces en su padre, como un último baluarte, una red invisible a la que este se aferra y que hasta ahora los ha mantenido alejados de lo peor.

Théo se ha sentado al otro lado de la mesa, frente a él. Conserva el trozo de algodón enrollado en la narina, una bolita blanca que la enfermera le ha cambiado antes de abandonar el colegio. Su padre no parece reparar en él.

Cuando se instala el silencio, Théo comenta que ha pasado parte de la tarde en la enfermería. Transcurrido un instante, ante la ausencia de todo tipo de reacción, añade que lo han castigado por no llevar el pantalón de chándal. Cuenta lo de la prenda rosa y las cuatro vueltas delante de los demás.

Los ojos de su padre se tornan brillantes, aparecen pequeñas placas rojas en su cuello y en su frente, le tiemblan levemente los labios.

A Théo le gustaría que su padre se levantara y diera un puñetazo en la mesa. Que lo tirara todo al suelo, que gritara le voy a dar yo a esa gilipollas, que cogiera la parka al vuelo y saliera del piso soltando un portazo.

En vez de eso, las lágrimas empiezan a correrle por las mejillas y no mueve las manos de las rodillas.

Théo odia que su padre llore.

Es como si el ruido se amplificase de pronto en su cabeza para alcanzar una frecuencia mortal. Y le entran ganas de decirle que está feo y sucio, de ser malo con él.

Théo cierra los ojos y llena de aire los pulmones para tragar saliva —una técnica que domina muy bien para sortear el sollozo—, luego alarga a su padre un trozo de servilleta de papel que hay sobre la mesa.

—No pasa nada, papá, tranquilo.

HÉLÈNE

El martes por la tarde me crucé con las chiquillas de quinto B en el pasillo. Tenían la cara seria de los días de drama. Cuchicheaban con aire de conspiradoras, pero la emoción que las agitaba no se limitó mucho tiempo al murmullo. Entre los retazos que me llegaban, oí varias veces que nombraban a Théo. Me acerqué. Enmudecieron cuando llegué a su altura. Emma y Soline se volvieron hacia Rose Jacquin, que era la que llevaba la voz cantante. Le correspondía revelarme lo que se traían entre manos, la explicación vendría de ella o no vendría.

Les pregunté adónde iban, la entrada en materia no era muy hábil, pero no se me ocurrió otra.

Salían de la clase de educación física y se suponía que se dirigían a la de Frédéric.

Caminé a su lado hacia el ala B, buscaba el modo de replantear el asunto, pero no necesité hacerlo, la indignación era demasiado fuerte para atajarla. Rose comenzó anunciándome un tanto atrevidamente que Théo Lubin estaba en la enfermería.

—Ha pasado algo durante la clase de deporte —añadió con voz apenas audible.

Antes de proseguir, dejó pasar unos segundos, saboreando el efecto.

—Corrió solo delante del todo el mundo, y luego sangró por la nariz. Mucho. Había sangre por todas partes, profesora.

No esperé más. Le di las gracias y me marché. Hice un esfuerzo para no precipitarme, pero en cuanto estuve fuera de su campo de visión apreté el paso.

Llamé antes de entrar. Las cortinas estaban corridas, la habitación inmersa en una semioscuridad.

Vi que Théo estaba echado en una de las camas destinadas a los alumnos, creo que dormía.

La enfermera colocó el biombo y me indicó que la siguiera hasta el despacho, un cuartito contiguo cuya puerta dejó abierta. Nuestra conversación transcurrió entre susurros. Me explicó que le había costado detener la hemorragia,

incluso dudó en avisar a la madre. No, no se había caído, no había hecho ningún movimiento brusco. Cuando se produjo aquello, acababa de correr un poco, en el interior del gimnasio. A pequeñas zancadas, al parecer, sin realizar un esfuerzo importante. No dijo nada más. Tenía la tensión baja, le pareció cansado. Le sobraban motivos para volver a examinarlo y lo hizo. Investigó. Pero no había nada, ninguna señal de herida. En cambio, había perdido peso desde la última vez.

Pregunté si podía verlo. Me dejó acercarme sola a la cama donde estaba echado. Cuando advirtió mi presencia, abrió los ojos. Su rostro no dejaba traslucir nada.

Le pregunté cómo se sentía. Me contestó que estaba mejor. Pregunté si quería que llamáramos a sus padres, se incorporó para decirme que no era necesario: su madre se preocuparía inútilmente, la tarde casi había acabado, se había perdido la clase de música, pero era la última del día. Al terminar la clase, volvería a su casa para descansar.

Permanecí a su lado en silencio. No se había metido entre las sábanas, se había echado encima, como si no quisiera ensuciar ni deshacer nada. Su camiseta estaba ligeramente levantada, vi su piel, en la punta de la cadera, piel blanca de niño, de muchachito, piel frágil, entrañable, tan fina que parece transparente. Fue entonces cuando vi aquel horrible chándal Barbie manchado de sangre.

—¿Es tuyo ese chándal?

—No, es el del gimnasio, me había olvidado el mío.

Unos minutos antes había conseguido captar su mirada, pero ya no era posible. Se tapó las piernas con la sábana.

—¿Te pidió la señora Berthelot que te pusieras ese chándal?

Dudó antes de asentir con la cabeza.

—¿Te pidió que corrieras delante de los demás?

No contestó.

—¿Tú solo?

Una dolorosa mueca apareció en su semblante y cerró los ojos.

Di las gracias a la enfermera y salí del despacho. Había acabado el recreo, se suponía que tenía que dar la última hora de clase a los de tercero C, que llevaban sin duda varios minutos esperándome en mi aula.

Sin pensármelo dos veces, me encaminé al gimnasio, donde todavía debía de estar Éliane Berthelot.

Sus alumnos estaban divididos en grupitos según los diferentes aparatos. Ella estaba de pie, junto a las barras asimétricas, simulaba un ejercicio con los brazos para explicar los movimientos de las piernas, a esa distancia aquello me resultó bastante ridículo.

Atravesé el espacio a paso rápido. En cuanto llegué a su altura, comencé a gritar, una auténtica furia, las palabras brotaban de mi boca en ráfagas agudas. No me importaban su cara despavorida, el temblor de sus labios, no me importaba el tropel que no tardó en formarse, nada existía ya a mi alrededor ni podía frenarme (en las horas siguientes me fue imposible recordar lo que había dicho, tan solo me venía a la memoria el sonido de mi cólera. Pero desde ayer las palabras y las imágenes reaparecen, la vergüenza también). Creo que proferí, de manera exhaustiva y sin olvidar uno solo, todos los insultos que conozco. Vocabulario no me falta. Éliane Berthelot acabó abofeteándome. Entonces oí «van a pegarse», y percibí la avidez de los alumnos por el espectáculo inédito que nos disponíamos a ofrecerles. Crecía la excitación y algunos se habían ido ya al vestuario a buscar su móvil.

De pronto, la realidad se impuso de nuevo. No era un sueño, ni una fantasía, aquello estaba ocurriendo: yo había irrumpido en la clase de Éliane Berthelot para colmarla de insultos.

CÉCILE

Hace unas semanas entré en el despacho de William. No buscaba nada en concreto. Todas las mañanas, cuando me quedo sola, recorro el piso de arriba abajo. Recojo lo que veo tirado, riego las plantas, compruebo si todo va bien, si todo está en orden. Imagino que todas las mujeres efectúan en el hogar su pequeño circuito diario, es una manera de marcar su territorio, de saber dónde se halla el límite entre el interior y el exterior. Así pues, hice mi ronda, como de costumbre.

Nunca me quedo mucho tiempo en el despacho de William, debido al olor a tabaco rancio. Por lo general, me limito a abrir las cortinas y la ventana y vuelvo al final del día para cerrarlas. William pasa la mayor parte de sus veladas en ese despacho y, hasta ahora, pensaba que leía la prensa o preparaba sus expedientes. Pero esa mañana, nada más entrar en la estancia, observé en la papelería una bola de papel arrugado. Suele haber papeles en la papelería de William y yo no tenía ningún motivo para coger ese papel y desplegarlo para leerlo. Sin embargo, fue lo que hice.

El texto estaba redactado de su puño y letra, en el papel con el membrete de la empresa. Los párrafos habían sido revisados, corregidos en varios lugares, algunas palabras se habían sustituido por otras y una flecha indicaba que el párrafo de en medio había de desplazarse al final. Era el borrador de algo que no se asemejaba a los informes que William escribe para su trabajo. Así que me lo leí de cabo a rabo. A decir verdad, me quedé unos minutos atónita, leyendo una y otra vez aquellas frases saturadas de odio y resentimiento, aquellas palabras de una violencia inaudita, no podía creer que William fuera capaz de escribir semejantes cosas, era imposible, inconcebible. ¿Por qué había reproducido aquellas líneas nauseabundas? Intenté encender su ordenador, me aferraba a la idea de que iba a encontrar ese texto bajo una u otra forma y de que, por una oscura razón, había copiado los escritos de un loco. Pero el acceso al ordenador estaba protegido por una contraseña. Salí del despacho, papel en mano, me flaqueaban las piernas. Fui a buscar mi ordenador portátil a mi habitación y me senté en el sofá. Aquellos gestos los realicé sin meditar, como si una parte de mí poseyera ya las respuestas, como si esa parte de mí se impusiera por fin mientras la otra rechazaba la evidencia y pugnaba por mantenerse en la ignorancia. En la barra de búsqueda de Google, tecleé las cuatro primeras frases del texto de William y pulsé «enter». Apareció el texto completo. Había sido maquetado y se habían incorporado las correcciones previstas en el borrador. El texto aparecía firmado por Wilmor75. Necesité varios minutos para entender que me hallaba ante un blog que William había creado con nombre falso, y en el que enviaba regularmente reacciones, reflexiones,

comentarios sobre cualquier cosa.

A continuación introduje ese seudónimo en la barra de búsqueda y encontré decenas de mensajes enviados por Wilmor a páginas web de información o a foros de discusión. Comentarios amargos, enconados, indecentes, provocadores, que le habían permitido, al parecer, adquirir una pequeña notoriedad en las redes sociales. Pasé varias horas ante la pantalla, anonadada, temblorosa, clicando una página tras otra, pese a la náusea que me asaltaba. Cuando cerré mi portátil, me dolía la nuca. A decir verdad, me dolía todo.

A día de hoy me veo capaz de describir aquella escena, es decir, de contar cómo descubrí la existencia del álgter ego de William. Pero durante varios días me resultó imposible evocar aquello, ante la imposibilidad de pronunciar determinadas palabras.

Sí, me resultaba imposible concebir que las palabras «maricón», «putón», «moraco», «ojete», «jiña», «macaco» y un largo etcétera pudieran haber sido escritas por mi marido —es decir, el hombre con el que convivo desde hace más de veinte años—, en medio de frases en las que sería difícil negar las connotaciones racistas, antisemitas, homófobas y misóginas. Esa prosa turbia, maligna, pero hábil, era no obstante la suya. Necesité tiempo para admitir que era realmente William quien redactaba ese blog desde hacía cerca de tres años, y quien comentaba en tales términos la actualidad política, mediática y los múltiples fuegos fatuos que aparecen a diario en internet. Necesité tiempo para poder evocar sin rodeos la naturaleza de aquellas frases, es decir, para que aquellas palabras, frente al doctor Felsenberg, saliesen de mi propia boca, siquiera para presentar unas muestras a modo de ilustración.

Me negaba a admitir que William pudiese concebir y enviar tales horrores. Y, al mismo tiempo, era como si siempre lo hubiera sabido.

Es extraña, por otra parte, esa sensación de apaciguamiento cuando acaba emergiendo aquello que nos negamos a ver pero que nos constaba que estaba ahí, enterrado no muy lejos, esa sensación de alivio cuando se confirma lo peor.

THÉO

La leve náusea se intensifica de repente. Deja caer la cabeza entre las manos, sabe que no es lo mejor, debería mirar a lo lejos, a un punto concreto, pero está acurrucado, frente al armario, no puede moverse. Bajo la escalera del comedor, en el escondite que encontraron, no hay ningún punto de fuga donde fijar la mirada. Cuando alza los ojos, todo se tambalea más. Respira lentamente, con regularidad, sobre todo no debe vomitar. En ese preciso instante, nada cuenta ya, ni el temor a que lo localicen, ni el de lograr deslizarse bajo el armario para salir. Lo único que quiere es que aquello se detenga. Que el torno que le tritura el cerebro afloje su presa.

Esta mañana se ha llevado de casa de su padre una vieja botella de Martini de la que quedaba casi un tercio. El azúcar se había secado en torno al gollete, le costó abrir el tapón. En el metro, se limitó a respirar el olor, metiendo la nariz en la mochila. Le gustó el suave perfume del alcohol, pensó que resultaría más fácil beber que la última vez.

Con el fin de obtener esa sensación inmediata, multiplicada, de la ebriedad cuando está en ayunas, apenas ha probado nada en el comedor. Está solo porque Mathis se encuentra en clase de latín. Ha esperado a que todos los alumnos hayan entrado en clase o estén en permanencias y se ha encaminado hacia la escalera, ha comprobado que no lo viese nadie y se ha deslizado en el escondrijo.

Suena el timbre. De pronto una intensa algarabía invade los pasillos. Al margen de las risas y los gritos, como una capa freática que solo él distingue, le parece percibir los sonidos con una agudeza inhabitual: la oleada de alumnos que se cruzan, el rozamiento de las suelas en el linóleo, las prendas de ropa que se rozan, el desplazamiento de aire provocado por esa migración repetida cada hora; un ballet que no ve pero cuyo movimiento siente. Le sube una bocanada de calor a la cabeza. Para salir, debe seguir aguantando, sin vomitar, aguardar a poder tumbarse en el suelo y reptar bajo el armario. Pero por el momento no puede.

Se vacían los pasillos, remite poco a poco la algarabía. Llegará tarde a la clase de inglés. Mathis estará empezando a preocuparse. No le ha dicho que iba al escondrijo.

Un pensamiento fugaz le cruza por la mente: nadie sabe que está allí.

Una vez que ha vuelto el silencio, se duerme allí sentado.

Cuando se despierta, no tiene ni idea de la hora que es. El móvil se le ha apagado porque se ha quedado sin batería.

Lo mismo ha podido dormir diez minutos que dos horas.

¿Y si era de noche? ¿Y si el colegio estaba cerrado?

Aguza el oído. A lo lejos, oye una voz recia procedente de un aula. Respira aliviado.

Ahora puede tumbarse sin tener la impresión de que su cabeza transita lejos de él. En esa postura, sigue respirando suavemente para contener la náusea. Se desliza de espaldas, logra dar con el ángulo adecuado y se escurre bajo el mueble. Todo es cosa de unos milímetros, no debe espantarse en el momento en que su cuerpo avanza bajo la masa, porque prácticamente no hay ningún espacio encima de él.

Ha conseguido salir. Todo oscila mientras camina, le cuesta plantar un pie delante del otro, con la extraña sensación de que se hunde el suelo a cada paso. Tiene que apoyarse en la pared para avanzar.

Mira el reloj, falta poco para que acabe la clase de inglés.

Mathis no tardará en salir y sin duda lo buscará.

Cuando entra en los lavabos, le vuelve la náusea de repente. Empuja la puerta de un excusado. Se le ha formado una bola de aluminio bajo la lengua que no puede tragar. Le revuelve el estómago, que se le contrae, vomita un líquido oscuro en la taza del váter. Un segundo chorro, más fuerte, está a punto de hacerle caer.

Suena el timbre.

Apenas tiene tiempo de pasarse agua por la cara y enjuagarse la boca. De nuevo, el zumbido de la salida de clase invade los pasillos.

Se agarra al lavabo para no caerse, la cabeza comienza a darle vueltas.

Oye voces y risas que se acercan.

Entra de nuevo en el excusado, no quiere ver a nadie.

Se deja resbalar hacia el suelo, pegado a la pared, hasta alcanzar esa posición medio sentada, en la que puede mantenerse, no muy lejos del váter.

Cuando retorna el silencio, oye la voz de Mathis.

Mathis está ahí. Mathis le busca. Le llama.

HÉLÈNE

Nos ha convocado el director —nos, es decir, a todos los profesores de la clase de quinto B— para volver a hablar de lo sucedido. El señor Nemours podría haberse contentado con un careo entre Éliane Berthelot y yo, pero habida cuenta de que el altercado atañía a Théo Lubin, sobre el que ya había llamado yo la atención, ha preferido reunirnos a todos.

Ha hecho hincapié en recordar, ante el conjunto del profesorado, que mi actitud había sido incalificable. En un colegio como el nuestro, semejante proceder es inadmisibile. Éliane Berthelot, que en un primer momento había amenazado con denunciarme al rectorado, incluso a la policía municipal, finalmente se ha echado atrás. Ha exigido disculpas, que yo he reiterado ante el conjunto de nuestros colegas. Había que ver su pequeño rictus victorioso. Por más que ello no justifique en absoluto mi actitud, he pedido que se planteara el castigo que le había infligido a Théo: ¿es pertinente humillar a un chico de trece años ordenándole que corra vestido con un pantalón rosa Barbie, que le quedaba estrecho, ante todos sus compañeros? Éliane Berthelot no veía para nada dónde estaba el problema. Más exactamente, no veía por qué resultaba humillante... Según ella, los continuos olvidos de Théo no son más que pura provocación. Quiere volverla tarumba, según su propia expresión. Frédéric ha tomado la palabra para apoyarme, voz firme, pausada, demostración velada de autoridad natural: podía haber otras explicaciones que merecían ser estudiadas. Tanto más cuanto que Théo, últimamente, parecía cansado, como desorientado, y solía refugiarse en la enfermería.

Éliane Berthelot ha acabado diciendo que no le gusta ese chico, que le inspira incluso cierta antipatía. El director, visiblemente contrariado, le ha señalado que nadie le pedía que quisiera a sus alumnos, sino que enseñe su asignatura y muestre equidad.

Los demás no han intervenido. Cuando el señor Nemours les ha preguntado su opinión, han coincidido en decir que no han observado nada especial, como no sea que Théo Lubin es un alumno muy retraído, cuya atención cuesta captar. Nada más. Éric Guibert ha mencionado que Théo se había saltado su última clase, siendo así que estaba en el colegio por la mañana. Es más, pensándolo bien, se habían producido varias ausencias a mitad de la jornada escolar, ninguna justificada. Frédéric ha cerrado la ronda contando que había visto a Théo llorar, un día en que había puesto en clase extractos de *La flauta mágica*. Para acabar, el director ha leído en voz alta el informe de la enfermera. A pesar de todo, ha apremiado a todos los

profesores a ejercer cierta vigilancia.

Cuando el director ha preguntado si habíamos mantenido, unos u otros, contacto con los padres, se me ha desbocado el corazón. Sin pensarlo, he contestado que no como los demás.

Entonces he sentido la mirada de Frédéric posarse en mí, incrédula. Sus labios se han entreabierto, pero tan solo a mí se dirigía su mirada, que inquiría *¿por qué no dices la verdad, Hélène?*

El director había traído las fichas de información y ha observado que no aparecía la dirección del padre en ninguno de los documentos. Ha pedido a Nadine Stoquier, la consejera principal de educación, que obtenga, si es posible, las señas completas de ambos padres.

Allí ha concluido la reunión, nadie podía añadir nada más.

Al salir del despacho, Frédéric me ha alcanzado. Durante unos segundos, ha caminado a mi lado, en silencio. Luego ha apoyado las manos en mis hombros (choque epidérmico, corta descarga eléctrica, al punto absorbida por el cuerpo) para que me detuviera y le escuchara.

—¿Por qué no has dicho que habías visto a la madre?

Desconozco la respuesta. Como no sea que cada uno, tanto alrededor de la mesa como fuera del instituto, cada persona con la que me cruzo en la calle, en el metro, en la entrada de mi edificio, se ha convertido, desde hace unas semanas, en un enemigo. Algo en mi interior, esa mezcla de miedo y de ira que se había adormecido durante años —bajo el efecto de una anestesia con apariencia de dulce somnolencia, cuyas dosis, administradas a intervalos regulares, controlaba yo misma—, algo en mí había despertado.

Nunca he experimentado esa sensación de una forma tan brutal, tan invasiva, y esa rabia que a duras penas contengo me impide dormir.

No, no he dicho que había convocado a la madre, a riesgo de que el director se entere enseguida y me eche en cara haberle mentado, a riesgo de que concluya, con toda la razón, que me he implicado demasiado en esta historia. Es cierto.

Frédéric está preocupado. Teme que la madre acuda a quejarse de mis palabras. Desde su punto de vista, la convoqué sin motivo y la alarmé de modo

irracional.

Me hubiera gustado que me envolviera en sus brazos. Durante unos minutos, dejar bascular el peso de mi cuerpo contra el suyo. Apoyarme. Respirar su olor, sentir relajarse los músculos de mi espalda, de mis hombros. No, claro, no mucho tiempo.

Al salir del instituto, no tenía ganas de volver a casa. Caminé al azar, arrastrada por mi propio movimiento, cruzando por aquí o por allá, para no detenerme. La ira no había disminuido, latía bajo la piel, en cada parte de mi cuerpo. Tanto que no percibía las señales de agotamiento, era incapaz de dar media vuelta.

Regresé tarde, me desplomé en la cama con la ropa puesta.

CÉCILE

El otro día, Mathis me sorprendió en la cocina, no le había oído entrar. Se plantó detrás de mí.

—¿Hablas sola, mamá?

Me pilló desprevenida.

—No, cariño, hablo con la vecina de abajo que está ahí pero no la ves.

Se produjo un segundo de duda, y luego Mathis se echó a reír. Tiene el mismo sentido del humor que su padre, me refiero a cuando su padre tenía aún sentido del humor. Abrió los armarios, buscaba algo para merendar pero no parecía saber el qué.

Al poco, tras dar unas cuantas vueltas, me preguntó si podía invitar a Théo a dormir en casa el siguiente fin de semana. No supe qué contestar, porque el sábado William y yo estábamos invitados a cenar en casa de unos amigos, y no me hace gracia dejarlos solos a los dos. Dije que me lo pensaría y lo hablaría con su padre. Lo digo a menudo, «lo hablaré con tu padre», pero hoy esa frase suena totalmente absurda. ¿Qué puede deducir un chico de trece años de una frase tan estúpida? ¿Que soy una esposa sometida a la perspicacia de su marido? ¿Que lo masculino se impone a lo femenino? ¿Que William toma todas las decisiones? ¿Que yo me refugio tras esa autoridad, real o ficticia, para no asumir mis propias decisiones? ¿Que lo compartimos todo, su padre y yo? Me sentí patética.

Todo aquel que vive o ha vivido en pareja sabe que el Otro es un enigma. Yo también lo sé. Sí, sí, sí, una parte del Otro se nos escapa, sin lugar a dudas, porque el Otro es un ser misterioso que alberga sus propios secretos, es un alma tenebrosa y frágil, el Otro oculta para sí su parte de infancia, sus heridas secretas, intenta reprimir sus turbias emociones y sus oscuros sentimientos, el Otro debe como cada cual aprender a llegar a ser él, y consagrarse a no sé qué optimización de su persona, el Otro-ese-desconocido cultiva en su pequeño huerto secreto, pues claro, hace tiempo que lo sé, que no nací ayer. Leo libros y revistas femeninas. Palabras vanas, lugares comunes exclusivos, que no procuran el menor consuelo. Porque en ningún lugar he leído que el Otroese-desconocido, el mismo con el que se vive, se duerme, se come, se hace el amor, el mismo con el que se cree estar de acuerdo, en sintonía, incluso en armonía, resulta ser un extraño que alberga los pensamientos más abyectos y dice cosas que te llenan de vergüenza. ¿Qué hacer cuando se

descubre que esa parte del Otro que emerge de la nada parece haber sellado un pacto con el diablo? ¿Qué hacer cuando se comprende que el otro lado de la escena se hunde en un cenagal con efluvios a alcantarilla?

No tenía que haber cogido la bola de papel arrugado. Lo sé. Tenía que haberme mantenido en esa ignorancia dulce y ciega, y seguir hablando conmigo misma —a falta de nada mejor—, autocongratularme, apaciguarme.

Pero ¿hasta cuándo?

El tiempo de la inocencia pasó hace ya mucho. No puedo evitar ir a mirar. Todas las mañanas, en cuanto Mathis se marcha al colegio y William a la oficina, me precipito al ordenador. Comienzo por su blog, en el que publica textos de forma irregular, luego recorro las páginas web y los foros en los que, en cambio, envía comentarios casi cada día. Incluso varias veces al día, cuando se entabla la discusión y, en una vana escalada de agresividad, contesta a otros. En la pantalla, Wilmor75 siembra su desprecio y escupe su veneno. A fin de burlar la censura, se vale de metáforas sinuosas y de hábiles sobrentendidos. Sabe dosificar sus palabras en función de las páginas web en las que suelta sus invectivas, y al parecer nunca ha tenido problemas.

No conozco al hombre que escribe esas palabras.

Mi marido no es así. Mi marido no utiliza esa clase de vocabulario. Mi marido no puede albergar dentro de sí el fango hediondo que rezuman esas líneas. Es un hombre bien educado. Procede de un medio social pudiente, instruido. Mi marido no pasa veladas enteras vertiendo torrentes de lodo para revolcarse en él. Mi marido no es la clase de hombre que ironiza, abuchea y vomita sobre todo. Mi marido tiene cosas mejores que hacer. Mi marido no es ese hombre que se aísla cada noche para que el pus fétido salga de su herida.

Mi marido era divertido, ingenioso y guapo. Me gustaba su entereza y su capacidad de réplica. Hablaba bien. Mi marido era un hombre deslumbrante y generoso. Mi marido me contaba montones de historias, grandes y pequeñas. Mi marido se interesaba por la vida de los demás, y también por la mía.

Intento explicar al doctor Felsenberg esa sensación de traición que me asalta en mitad de la noche. Sí, William me ha traicionado. William me ha ocultado esa parte de sí mismo ávida de reyerta, dispuesta a destruirlo todo, que escribe lo contrario de lo que piensa o de lo que pretende pensar.

El doctor Felsenberg me aprieta las tuercas. Me pregunta si William lo conoce todo de mi vida, de mis zonas oscuras.

Naturalmente que no. Pero no es lo mismo.

—¿Ah, no? —finge sorprenderse.

—No le hablo de una fantasía inconfesada o de un jardín secreto. Le hablo de carretadas de inmundicias vertidas en un espacio público.

—Pero si se las oculta, puede que sea porque se avergüenza.

—O porque me considera demasiado estúpida para entenderlo. William no se ha molestado nunca en hacerme cómplice.

—¿De qué?

—De sus pequeñas componendas con la realidad.

—¿Cuáles?

—Las que conciertan todas las parejas, me imagino.

—¿Por ejemplo?

Me irrita con sus falsas preguntas. No obstante, contesto.

—Todas las parejas se atienen a normas y a hábitos, generalmente implícitos. ¿No? Es una especie de contrato tácito que une a dos seres, sea lo que sea lo que dure esa unión. Hablo de esos apaños más o menos groseros que se fomentan, entre dos, sin formularlos nunca. Arreglos con la realidad, sí, por ejemplo con la verdad misma.

—¿O sea?

—Pues, por ejemplo, en una cena. El marido cuenta una anécdota que le sucedió a la pareja o a la familia: el increíble flechazo merced al cual se conocieron, la huelga de aviones que se convocó la víspera de su viaje de bodas, la tormenta de 1999 mientras estrenaban su nuevo coche en una carretera nacional del norte, o aquel día en que se encontraron en una casa sin agua que no tenía nada que ver con la que habían alquilado en un lugar de vacaciones, o bien el día en que su hija

se cayó del gran tobogán del parque de la Villette. Vaya, que el marido cuenta algo que vivieron juntos. Y como le gusta provocar su efecto, adorna un poco, o bastante, añade algunos detalles sensacionales para que la historia resulte más divertida, más sorprendente. Exagera. Transforma. Imagina, de paso, que su mujer hará suyas sus mentiras. Imagina, no sin razón, que callará y será su cómplice. Y eso hace ella.

—¿Ah, sí?

—¿Usted no? ¿Contradice a su mujer cuando ella carga un poquito las tintas?

(Sé que el doctor Felsenberg está casado porque lleva una alianza.)

Sonríe. Yo sigo lanzada.

—Creo que ese contrato tácito existe en todas las parejas. En distintos grados. Digamos que las cláusulas de confidencialidad son más o menos largas. Y esas hazañas, más o menos revisitadas, acaban componiendo una especie de novela familiar. Una epopeya. Porque al cabo de un rato uno acaba creyéndoselas.

El doctor Felsenberg ha guardado silencio.

Entonces añado esa frase, que ignoro si era la conclusión de lo precedente o el inicio de un razonamiento que me queda por esgrimir.

—De hecho, la pareja es una asociación de malhechores.

Ha dejado pasar varios segundos antes de replicar.

—El problema es que en este caso usted no participa. Y que además no desea participar. Porque este relato está fuera de contrato. Por consiguiente, en esta ocasión cabría decir que su marido no ha querido comprometerla. No ha buscado su complicidad.

Es cierto. Pero el problema es que lo he visto.

Ha decidido que tras estas palabras dábamos por concluida la sesión.

Empiezo a conocer sus interrupciones de experto y sus estrategias solapadas. Ha pensado que ya me las apañaría yo con mis aforismos de medio pelo

y sus contenidos ocultos. Que de ese modo las cosas irían solas.

Sí, somos malhechores. Sin duda. Si a eso vamos. Negociamos sin cesar, practicamos la concesión, el compromiso, protegemos a nuestra prole, obedecemos las leyes del clan, nos bandeamos, trapicheamos. Pero ¿hasta qué punto? ¿Hasta qué punto se puede ser cómplice del otro? ¿Hasta qué punto se puede seguirlo, cubrirlo, incluso servirle de coartada?

Esa es la pregunta que no me ha hecho el doctor Felsenberg. Aquella que estaba implícita en mis propias palabras y que a buen seguro acabará atrapándome.

Sí, quiero a mi marido. Bueno, eso creo.

Pero se ha hecho tan difícil quererlo.

¿Hasta tal punto se transforma la gente? ¿Alberga cada uno de nosotros algo innombrable susceptible de ser revelado en su día, como se revelaría al calor de la llama una tinta sucia, *antipática*? ¿Oculta en sí mismo cada uno de nosotros a ese demonio silencioso capaz de llevar, durante años, una vida de engaño?

Observo a mi marido en la mesa durante la cena, y me pregunto: ¿el monstruo que hay en él permitía percibir su olor, su condición y el eco de su ira que yo no he sabido reconocer?

¿He sido yo la que ha cambiado? ¿He sido yo quien lo ha convertido en ese ser amargo y saturado de bilis?

MATHIS

No está ya seguro de que eso sea tan divertido.

Al principio, estaba ese escalofrío que le recorría toda la espalda, la aceleración de su ritmo cardiaco, esa descarga de adrenalina que sentía propagarse por todo el cuerpo cada vez que Théo y él conseguían esconderse. Detrás del armario, tenían cita con la borrachera. Una excitación similar a la que sentía, de niño, cuando su madre lo llevaba a las ferias y trepaba al helicóptero que subía y bajaba sin cesar, hasta aturdirse.

Pero ahora ya no le apetece mucho. Teme ser visto, permanecer atrapado tras el armario, vomitar como Théo, y que su madre descubra que lo ha vuelto a hacer. No se atreve a confesarle a su amigo que le da miedo. Que preferiría dejarlo. Porque Théo no tiene ya otra cosa en la cabeza, disfrutar de los momentos en que podrán beber, burlar la atención de los demás, aislarse. Aumentar las dosis, beber más rápido. Los demás juegos que habían inventado o compartido cuando se conocieron han dado paso a esa partida que Théo libra solo contra sí mismo. Mathis echa de menos esos tiempos en que intercambiaban cartas, compartían revistas, se contaban las películas o los vídeos que habían adorado. No acaba de saber cómo empezó aquello, cómo hizo su aparición el alcohol, quizá por Hugo, la primera vez. Este último había descubierto un fondo de botella que había dejado su hermano y lo escondió en su mochila. Habían bebido, pasándose la botella, y se habían reído mucho.

Beber era un juego. Al principio. Un juego clandestino que compartían ambos.

Ahora Théo no piensa en otra cosa. En cuanto Mathis pone los pies en el recinto del colegio, se ve obligado a contestar a las preguntas acuciantes de su amigo: ¿ha encontrado el dinero?, ¿ha encontrado una petaca?, ¿cuánto queda?

Hace dos semanas, la abuela de Théo le dio veinte euros. Encargaron a Baptiste, el hermano de Hugo, una botella grande de whisky que este aún no les ha entregado.

Hoy, la señora Destrée ha organizado una salida al Jardín Botánico. Ha decidido llevarlos a la Gran Galería de la Evolución con el fin de que participen en el taller «¿Cómo clasificar al ser vivo?».

Esta mañana, antes de salir, ha pasado lista y luego ha pedido a cada alumno que anote su número de móvil por si alguno se perdía. Han salido todos juntos del colegio. Han caminado hasta el metro.

Théo no ha acudido. Mathis estaba decepcionado, pero al final le ha gustado mucho el taller. A partir de la observación de varias especies animales, han descubierto las características que estas tienen en común y el método que utilizan los científicos para clasificar las especies.

Le gustaría ser veterinario.

Durante el camino de vuelta, mientras la clase camina hacia el colegio (descartado que se dispersen, pues se pasará lista al regresar de la visita), la señora Destrée le hace preguntas. Quiere saber por qué Théo no participa en ninguna salida.

¿Hay algo que le dé miedo? ¿Le ha prohibido alguien que participe?

Mathis contesta educadamente que no lo sabe.

Como ella deja que se alargue el silencio, se siente obligado a añadir: quizá porque no tiene dinero.

Le gustaría reunirse con el grupito de chicas que caminan un poco más lejos, pero la señora Destrée no tiene intención de dejarlo escapar. Desea hacerle más preguntas. Dice que ve a Théo triste, cansado. Durante unos minutos, Mathis se pregunta si no los habrá descubierto, o si sospecha algo, pero en realidad quiere saber si ha estado alguna vez en casa de Théo, si ha visto a sus padres. Mathis procura contestar lo más lacónicamente posible, pero advierte la inquietud de la señora Destrée.

Mientras se acercan al colegio, ella sigue caminando a su lado, abstraída ahora en sus pensamientos, con cara de estar buscando la solución de un enigma que se le escapa, y Mathis está a punto de decirle, así, sin más explicaciones: «Théo bebe alcohol como si quisiera morirse.» Esa frase le ronda en la cabeza desde hace unos minutos, grave, solemne, imposible de pronunciar.

Rose los alcanza de pronto y, apenas se pone a su altura, pregunta si el siguiente control será sobre la salida.

La señora Destrée suspira. No, no habrá control.

Mathis sigue callado.

Ya es tarde.

Debería haber contado lo que vio el día que acompañó a Théo a casa de su padre.

Era la primera vez que entraba en el piso. Théo no lo había invitado nunca a subir, y cada vez que había acudido a buscarlo, se había quedado abajo.

Aquel día, Théo se deslizó solo detrás del armario. Se había puesto enfermo con el ron. Acabó saliendo y vomitando en los servicios del colegio. Mathis se lo encontró allí, incapaz de mantenerse en pie. Le propuso apoyarse en él, lo ayudó a coger sus cosas en la taquilla y lo guió por las escaleras. Tomaron el metro juntos, se detuvieron varias veces durante el trayecto, debido a las náuseas, y luego avanzaron lentamente hasta su casa. Al llegar a la puerta del edificio, Théo intentó disuadir a Mathis de que subiera, pero no acertaba a caminar solo. No le quedó más remedio que indicarle el código, el piso y la puerta.

Fue Mathis quien introdujo la llave. El piso estaba sumido en la oscuridad, las cortinas estaban corridas. Enseguida se le agarró el olor a la garganta. El aire era áspero, viciado. Las ventanas llevaban tiempo cerradas.

Théo gritó:

—Papá, soy yo. He venido con un amigo.

Poco a poco, los ojos de Mathis se acostumbraron a la oscuridad y empezó a distinguir lo que le rodeaba. Jamás había visto semejante desorden. Había cosas tiradas en el suelo, por casi todas partes; parecían haber sido abandonadas allí, en mitad del paso, como si el tiempo se hubiera detenido. La mesa estaba llena de migas, yogures vacíos, cubiertos sucios, platos amontonados, tazones en cuyo fondo se habían secado líquidos de diferentes colores. Junto al sofá, un resto de pizza se había secado en un plato.

Théo se puso a ordenar pero sus gestos eran torpes, estuvo a punto de romper un vaso y renunció.

Era perder el tiempo.

El padre de Théo apareció en el salón, descalzo, amusgó los ojos como si

tuviera que acostumbrarse a una luz intensa, cuando solo el resquicio de la cortina iluminaba la habitación. Llevaba una suerte de pantalón ligero, del que Mathis no habría podido decir si era un pijama o un chándal, que le caía sobre las caderas. Se parecía al hombre de las cavernas del tebeo sobre la historia de la humanidad que le había regalado su abuela.

Mathis se presentó cortésmente, como su madre le había enseñado a hacer, y enmudeció. El padre de Théo le daba miedo. Se sentó a la mesa y se los quedó mirando, a uno y a otro, sin reparar en el estado de su hijo. A la madre de Mathis, con su radar, nunca se le habría escapado eso.

—Bueno, chicos, ¿qué tal?

Théo se volvió hacia Mathis y le dijo que podía marcharse.

Le dio las gracias varias veces por haber subido y haberlo acompañado hasta allí, probablemente sin pensar una palabra de lo que decía. Le habría gustado que Mathis desapareciese, que nunca hubiera estado allí. Le daba vergüenza, y Mathis sentía aquella vergüenza como si fuera la suya.

El padre de Théo bajaba la cabeza y no decía nada, petrificado en una postura extraña, de contemplación y de retraimiento.

Fue en ese momento cuando Mathis reparó en la cocina de gas. Uno de los fuegos estaba encendido, en posición alta, pero ninguna sartén ni cacerola cubría la llama. Desde donde estaba, podía oír la combustión del gas que la alimentaba.

En el momento de marcharse, Mathis consiguió mirar al padre de Théo durante unos segundos, tomó nota del extraño color de su piel y del temblor de sus manos. No olvidaría ningún pormenor. Pero ¿por qué le había acudido a la mente aquella idea? Tal vez por aquella llama danzante, inútil, a unos metros de ellos, que nadie parecía ver.

Mathis se levantó y dijo:

—El fuego, lo tiene encendido...

Entonces Théo se volvió hacia su padre y le habló como cuando se regaña a un niño.

—Otra vez, papá... ¿Querías prepararte algo de comer?

El padre de Théo no contestó. Su mirada se había diluido en algo muy vasto, inaccesible, y se le había resecado la saliva en la comisura de los labios.

Théo se acercó a la cocina para apagar el gas. Con tono de disculpa, su padre dijo:

—Tenía frío.

Mathis preguntó si podía beber un vaso de agua y su amigo se vio obligado a dar la luz. Volvió hacia él alargándole el vaso que goteaba en el suelo. Su mirada sellaba entre ellos un pacto de silencio.

Théo empujó a Mathis hacia la salida. La puerta se cerró tras un último gracias. Mathis seguía con el vaso en la mano. Dudó en llamar, pero al final decidió dejar el vaso junto al felpudo.

Se encaminó hacia el metro.

Mientras andaba, recordó que de pequeño, cuando recogía guijarros con Sonia en el bosque de Vincennes, contaba que eran gorriones heridos. Los cogía con precaución, los acariciaba con la punta del dedo, incluso a veces les hablaba para reconfortarlos. Les prometía que se curarían, que crecerían, les decía que muy pronto podrían echar a volar. Y cuando el guijarro había absorbido el calor de su mano, cuando parecía ya tranquilo, lo metía en el bolsillo con los otros guijarros que acababa de salvar.

THÉO

¿Ha sido siempre su madre esa mujer a flor de piel, capaz de cambiar de humor en unos segundos, de la que se mantiene a distancia? No lo sabe. Ha dejado de acurrucarse pegado a ella ante el televisor, de rodearle el cuello con los brazos para darle las buenas noches, de buscar el contacto de su mano en la mejilla. Ha dejado de abrazarla. Ha crecido y se ha alejado de su cuerpo.

Desde que no llora, tiene la cara siempre tensa, labios fruncidos, mirada avizora. Está sobre aviso, presta para defenderse, para contestar, para enzarzarse. No dice esta boca es mía. Es raro verla reírse, y cuando sucede —como la semana pasada, la noche que vino a cenar una amiga suya—, le maravilla su cara, que de pronto parece más joven, más dulce.

Lo que nota sobre todo es ese cuajarón de odio que su madre ha conservado en su interior, que nunca se ha reabsorbido. Él sabe que el cuajarón está ahí, que bastan unas palabras para que se abra en dos y se expanda la sangre negra que contiene. Sabe que ese odio es el fruto podrido de una herida.

Cuando vuelve a la casa materna tras pasar una semana con su padre, una vez que deja las cosas en el cesto de la ropa sucia y se ducha, una vez que se desprende de todo rastro del adversario, puede mirarla a la cara. Y en cada ocasión, en ese momento concreto, le gustaría acercarse a ella y, en voz baja, confesarlo todo. Le gustaría decirle hasta qué punto teme por su padre, hasta qué punto experimenta esa potencia oscura que le aplasta y lo mantiene pegado al suelo. Sabe que su padre se acerca cada día a una zona peligrosa de la que no se vuelve.

Le gustaría buscar refugio en los brazos de su madre, sosiego en los efluvios de su perfume. Pero siempre se topa con la rigidez de su espalda, los brazos estirados a lo largo del cuerpo, la nuca tiesa, sus gestos son secos, apresurados, es ya incapaz de abrazarlo, le cuesta mirarlo. Se la ve concentrada en una cosa: aceptar en su terreno al hijo que retorna del país maldito.

De modo que, una vez más, Théo renuncia.

No dirá nada.

No es grave. Todo se arreglará. Su padre mejorará. Él le ayudará.

La semana que viene no se dejará intimidar. No dejará tirados los papeles arrugados y los tazones amontonados, pasará el trapo por la mesa y tirará los envases de yogur vacíos.

Y luego encenderá el ordenador, buscará para su padre ofertas de empleo en las páginas especializadas, introducirá sus criterios de selección, lo llamará para que vaya a verlo.

En ocasiones, se pregunta si merece realmente la pena ser adulto. *Si para ese viaje se necesitan alforjas*, como diría su abuela, que llena columnas de argumentos «a favor» y «en contra», separados por una gran raya trazada con una regla, cuando tiene que tomar una decisión importante. Cuando se trata de hacerse adulto, ¿son equivalentes las dos columnas?

Contrariamente a la mayoría de los alimentos, el alcohol no se digiere. Pasa directamente del tubo digestivo a los vasos sanguíneos. Solo una minúscula fracción de moléculas del alcohol es metabolizada por los enzimas del intestino, es decir, descompuesta en fragmentos más pequeños. El resto atraviesa la pared del estómago o del intestino delgado y circula de inmediato por la sangre. En unos minutos, la sangre transporta el alcohol a todas las partes del cuerpo. Lo vieron en la clase de la señora Destrée.

El cerebro es donde se notan más rápidamente los efectos. La inquietud y el miedo decrecen, e incluso desaparecen. Dan paso a una suerte de vértigo o de excitación que puede durar varias horas.

Pero lo que quiere Théo es otra cosa.

Le gustaría alcanzar ese estadio en que el cerebro se queda en suspenso. Ese estado de inconsciencia. Que cese de una vez ese ruido agudo que solo él oye, que surge de noche y a veces en pleno día.

Para ello, se requieren cuatro gramos de alcohol en sangre. A su edad, tal vez un poco menos. Según lo que ha leído en internet, depende también de lo que se come, de la rapidez con que se bebe.

A eso se le llama coma etílico.

Le gustan esas palabras, su consonancia, su promesa: un momento en que uno desaparece, se esfuma, en que no debe ya nada a nadie.

Pero cada vez que se ha acercado a ese estado, ha vomitado antes de conseguirlo.

HÉLÈNE

El otro día se organizó una buena en el colegio, al parecer unos alumnos habían tomado la costumbre de meterse tras el armario que obstruye la parte vacía bajo la escalera del comedor, una asistenta encontró unos papeles de no sé qué, que no estaban la semana anterior y que, según ella, no podían haber sido arrojados desde los escalones. Por lo visto, no era la primera vez. El director tomó inmediatamente medidas para condenar el acceso. Descargaron dos sacos de cemento bajo el armario. Por una parte, se supone que los alumnos no pueden sortear nuestra vigilancia; por otra, sería peligroso que uno de ellos se quedara atrapado allí. Cuando me enseñaron el lugar del delito, se había cortado totalmente el acceso. Me dije que hacía falta ser muy delgado y ágil para deslizarse allí abajo, y necesitar realmente esconderse.

Es esa clase de acontecimiento que alborota nuestro microcosmos durante unos días, cada cual expone su análisis y sus hipótesis. Bien hay que distraerse.

Aquel día, Frédéric me esperó al terminar las clases. Quería hablar conmigo. Los martes acabamos a la misma hora. Me dijo que me encontraba muy tensa, cansada. No sabía si era aquella historia la que me había puesto en tal estado o alguna otra cosa, algo que mi obsesión había despertado o que había despertado mi obsesión. Él empleó ese término, obsesión. Y lo conozco lo suficiente como para saber que utiliza las palabras con conocimiento de causa.

Hace unos años, Frédéric me abrazó. Salíamos de un claustro agotador, varias discrepancias nos habían enfrentado a él y a mí con otros profesores de tercero E. Yo estaba extenuada. Extenuada de ver orientar a determinados alumnos hacia caminos que nos constaba que serían para ellos callejones sin salida, allí donde sobran plazas, allí donde resulta más barato, porque no existe peligro de que los padres se presenten en el colegio para montar un escándalo. Yo intervine en varias ocasiones durante el claustro. Me sorprendí, indignada, sublevada, me entregué en cuerpo y alma, y Frédéric me apoyó. Impusimos nuestro criterio respecto a tres alumnos, a quienes evitamos una de esas orientaciones por defecto, por pereza o por renuncia, que ellos no han elegido en absoluto. Al salir, Frédéric me propuso tomar una copa. Acepté. Hacía tiempo que me gustaba, pero sabía que estaba casado. Su mujer padece una enfermedad grave desde el nacimiento de su segundo hijo. Eso es lo que se sigue diciendo —veladamente en la sala de profes cuando él no está. Y que no es de la clase de tíos que dejan tirada a una mujer.

Tomamos unas copas para celebrar nuestras minúsculas victorias, y tras

regocijarnos con las arengas del claustro —apoyadas con imitaciones—, hablamos de nuestras vidas.

Ya entrada la tarde, en la calle que llevaba al metro, Frédéric me abrazó. Permanecimos un rato así. Recuerdo que me acariciaba las caderas, las nalgas, el pelo. A través de la tela vaporosa de mi falda floreada sentía endurecerse su sexo contra mi muslo. No me besó.

Aquello habría podido ser el inicio de una relación. Demasiado peligrosa para los dos. Fue lo que me dijo pasados unos días. Que no quería enamorarse.

Cuando se lo conté a mis amigas, se rieron. Una excusa muy masculina. El clásico pretexto de hombre casado. Podría haber sido así de habernos acostado. Pero no fue el caso.

Nos hicimos colegas solidarios y cómplices. Compartimos las mismas convicciones, las mismas luchas. Plantar cara, a falta de otra cosa mejor. Algo es algo.

Frédéric me conoce, es verdad, aunque no hayamos mezclado nuestras salivas. Pero se equivoca. Por mí no debe preocuparse.

CÉCILE

Habida cuenta de las circunstancias, me lo pensé bastante antes de acompañar a William a aquella cena. La idea de estar a su lado, en público, de exhibirnos en pareja, o en lo que de ella queda, de hacerme cómplice de esa comedia, me daba miedo. Pero no se me ocurría ninguna excusa para evitarlo. Salimos tan poco. Ha ido produciéndose progresivamente. Cada vez nos invitan menos, hemos dejado de ir al cine, de cenar en el restaurante. No sé poner una fecha al inicio del fin de nuestra vida social. Como tantas cosas, el caso es que me veo incapaz de decir cuándo comenzó —a espaciarse, a decaer, a adormecerse—, ni cuando se interrumpió. Me da la impresión de emerger de un extraño embotamiento. De una anestesia general. Y la pregunta retorna sin cesar: ¿cómo he podido no darme cuenta antes?

En los últimos tiempos, quiero decir cuando todavía salíamos, William siempre encontraba un motivo de queja: la gente hablaba demasiado, se daba importancia, no preguntaba. En eso no siempre andaba descaminado. A decir verdad, rara vez devolvíamos las invitaciones. A William no le gusta que la gente venga a casa. Creo que teme, al dejar que vean el sitio donde vivimos, al dar acceso a nuestra intimidad, que se descubra nuestra impostura. O más exactamente, la mía. Teme el detalle, la metedura de pata, que pueda burlar su vigilancia y revelar el medio social del que procedo. Porque allí se cometen faltas de francés pero también faltas de gusto. Algunas de las cuales sin duda se le han escapado. No por no haber (precisamente) impuesto sus ideas. Y no haberme pedido que baje al sótano algunos objetos que se le antojaban poco dignos de nuestro piso. Sea como fuere, a William nunca le ha gustado recibir visitas. Ni siquiera al principio. Siempre ha puesto mala cara.

En esta ocasión, se trataba de una cena semiprofesional y mi marido me dio a entender que era importante para él. Charles, nuestro anfitrión, trabaja también para el grupo, pero en otra sociedad. Anaïs, su mujer, es abogada especializada en empresas. Nos hemos visto en dos o tres ocasiones, pero no son amigos. Se mudaron hace unos meses y querían recibirnos en su nuevo piso. Así pues, salimos a eso de las ocho, dejando a Mathis y a Théo en casa. Al final, nuestro hijo se había salido fácilmente con la suya: puesto que íbamos a cenar fuera, antes que quedarse solo era mejor que invitara a un amigo.

Anaïs y Charles habían invitado a otra pareja a la que no conocíamos.

Nos sentamos alrededor de la mesa baja para tomar el aperitivo.

Intercambiamos algunas noticias y, para variar, me volví transparente. Estoy acostumbrada. Al margen de algún detalle, la situación es la misma. Por lo general se me formulan dos o tres preguntas, y en cuanto digo que no trabajo, la conversación deriva hacia otra persona y no vuelve a centrarse en mí. La gente no concibe que una mujer dedicada al hogar pueda tener una vida, centros de interés, y menos aún algo que decir. No conciben que pueda pronunciar varias frases juiciosas sobre el mundo que nos rodea, ni ser capaz de formular una opinión. Como si la mujer dedicada al hogar estuviera condenada por definición a arresto domiciliario y su cerebro, tras haberse visto privado durante largo tiempo de oxígeno, funcionase a cámara lenta. Los invitados descubren además con cierto temor que van a tener que soportar en su mesa a una persona retirada del mundo y de la civilización y que, aparte de temas puramente prácticos o domésticos, no podrá participar en una auténtica conversación. De modo que enseguida quedo excluida de la reunión. No se me vuelve a dirigir la palabra y, sobre todo, no se me vuelve a mirar. Las más de las veces, me abstraigo en la pintura de las paredes o los motivos del papel pintado, sigo las líneas de fuga y desaparezco.

Lo cierto es que William, por distintas razones, aprecia que yo sea una mujer silenciosa.

Pero ese sábado, en medio de la cena, mi marido empezó a contar una anécdota. A William siempre le ha gustado concentrar la atención en su persona. Le gusta ese momento en que se hace un silencio en torno a la mesa, en que las miradas convergen en él, en que todos dan muestras de interés. Una forma de sumisión colectiva. Mi mente divagaba, seguía de lejos sus palabras. El asunto transcurría en un congreso en provincias, en una cena bien regada. Unos colegas y él se habían entretenido fuera, todos muy entonados, cuando una mujer que había participado en el coloquio pero a la que no conocían pasó por delante de los presentes. Uno de ellos se dirigió a ella en plan de cachondeo.

El tono que utilizaba William para hablar de aquella mujer me extrajo de aquella fluctuación interior y familiar en la que me había refugiado.

«¡... te aseguro que estaba cagada de miedo!», soltó en el momento en que yo volvía plenamente a la conversación.

Todo el mundo se echó a reír. Las mujeres también. Siempre me ha sorprendido que las mujeres se rían con determinadas bromas.

—Ya —le interrumpí—, estaba cagada de miedo. ¿Y eso te sorprende?

No le di tiempo a contestarme.

—¿Quieres que te explique por qué?

William miraba a los demás como diciendo: para que veáis qué clase de mujer me ha endilgado el destino.

—Porque erais cuatro tíos borrachos en una zona de actividad desierta, no lejos de un hotel Ibis o Campanile casi vacío. Ya ves, William, eso marca sin duda una de las diferencias esenciales entre hombres y mujeres, fundamentales, incluso: las mujeres tienen muy buenas razones para cagarse de miedo.

Un incómodo silencio recorrió la mesa. Vi que William dudaba entre hacerme precisar lo que quería decir (a riesgo de que hiciese el ridículo ante sus amigos si, por ejemplo, llevada por la emoción, caía en el error de utilizar uno de esos giros que no soporta) o barrer mi observación con un revés de la mano y proseguir su relato. Me preguntó apenas condescendiente:

—¿Qué quieres decir, cariño?

(¿Debo añadir que William utiliza esa expresión, *cariño*, para contestar a las mujeres que le contradicen en las redes sociales o que se sublevan al leer sus palabras? Por ejemplo, escribe «*cariño*, mira a tu alrededor, la mayor parte de los tíos son sarasas» o «*cariño*, anda y que te dé por culo un judío farmacéutico, es su especialidad».)

Me dirigí a William pero también a los otros dos hombres de la reunión.

—¿Os cagáis de miedo cuando os cruzáis con un grupo de chicas sin duda borrachas en plena noche?

El silencio se espesaba a ojos vistas.

—Claro que no. Porque ninguna mujer, ni borracha perdida, os ha plantado la mano en el sexo o en el culo, ni ha soltado al veros pasar un comentario de carácter sexual. Porque es bastante infrecuente que una mujer se arroje sobre un hombre en la calle, bajo un puente, o en una habitación para penetrarlo o hundirle yo qué sé en el ano. Esa es la razón. Por lo tanto, sí, cualquier mujer normalmente constituida se caga de miedo cuando pasa ante un grupo de cuatro individuos a las tres de la mañana. No solo se caga de miedo sino que evita el contacto visual, y cualquier actitud que deje traslucir miedo, desafío o invitación. Mira al frente,

procura no apretar el paso y comienza a respirar cuando por fin se queda sola en el ascensor.

William me observó, sorprendido. Vi dibujarse una arruga agria en su boca, y pensé que Wilmor debía de tener esa expresión cuando tecleaba en el ordenador.

—*Cariño*, no digas tonterías, tú no sales nunca sola, y menos aún de noche.

—Puede que aún no sea tarde para empezar. Muchas gracias por tan excelente cena pero he de confesaros que me aburre un poco la conversación. Además, es lo que me dirás en el coche, si vuelvo dentro de dos horas contigo: «¡Pero qué coñazo de gente!» ¿No es verdad, cariño?

A los pocos minutos, estaba en la calle y me reía sola.

Por vez primera, había infringido las reglas. No había hecho causa común con mi marido. Debo decir que me repetí la escena varias veces. Sí, sí, ya lo sé, me hablaba a mí misma, fuera de mí misma. ¡Hasta me tronchaba! Al fin y al cabo, un montón de gente habla sola. Caminé un rato antes de parar un taxi. Seguía riéndome cuando me acomodé en el asiento trasero.

Me pasé el trayecto imaginando con qué palabras, con qué pormenores, le contaría esa escena al doctor Falsenberg.

Será una idiotez, pero me hacía tan feliz tener por fin algo que contar.

A las ocho y media estaba en casa.

No me esperaban tan pronto.

Me los encontré a los dos sentados en el sofá, viendo un reality. A sus pies, una botella de whisky, dos o tres botellines de Coca-Cola y vasos de plástico.

No habían oído la llave de la puerta. Me planté tras ellos, estaban en plena euforia, tanto es así que Théo se revolcaba casi por el suelo —en el sentido propio del término—, me pareció entender que las palabras de una de las protagonistas del programa los habían sumido, desde hacía un rato, en aquella escalada de hilaridad.

Cuando al final Mathis reparó en mi presencia, vi que se le mudaba el semblante, pasando en el acto de aquella risa desinhibida por el alcohol al pánico.

Enmudecieron. Mathis procedió a recoger los vasos y a borrar las huellas del crimen. Théo se había sentado en el sofá. No se hallaba en estado de recoger nada. Mathis me pareció menos borracho que su amigo. Eso me tranquilizó, un poquito: en la escala del desastre, no ostentábamos el récord.

Pregunté quién había traído el alcohol.

Théo contestó sin dudarle que había sido él.

Se me puso enfrente, no sin altivez, como para proteger a Mathis, como si quisiera asumir a solas mi cólera, mientras Mathis seguía agitándose fingiendo poner orden.

Le pregunté dónde había comprado aquella botella. Con qué dinero. Cuánto habían bebido. ¿Sabían sus padres que a los doce años y medio bebía alcohol? Nunca le había hablado tan duramente a un niño. Ya no decía nada. Me entraron ganas de abofetearle y de echarlo de casa sin más preámbulos. O bien de coger otro taxi para acompañarlo a su casa, pero a decir verdad me dio miedo que vomitara en el coche. Apenas se tenía en pie.

Mathis intentó explicarme las circunstancias fortuitas e independientes de la voluntad de ambos que les habían conducido, sin quererlo, ante aquella botella de whisky, la cual se había introducido por así decirlo sola y a la fuerza en el piso (o algo por el estilo), pero yo vociferé:

—¡A la cama ahora mismo!

No tuve que decirlo dos veces.

Mi hijo ayudó a su amigo a avanzar por el pasillo y desaparecieron.

Me senté en el sofá. Una joven en traje de baño, de voluminosos pechos y un maquillaje cuya gama de brillos y colores resultaban bastante fascinantes, se dirigía a la cámara. Dudé en escuchar —tal vez poseía una verdad que se me había escapado—, pero cuando oí que decía «vamos a mover el culo» riendo, apagué el televisor.

Eché un buen trago de whisky en un vaso vacío y lo apuré de un golpe. Me volvieron a entrar ganas de reír.

THÉO

No tuvo miedo cuando ella volvió, así, sin avisar, en mitad de la velada. Solo pensó que era muy temprano y que por su culpa no podría, tampoco esa vez, llegar hasta el final.

Tampoco tuvo miedo cuando se puso a hacerle todas aquellas preguntas, un auténtico interrogatorio de policía, quería saber los detalles.

Sabe callar. Le traía sin cuidado que la madre de Mathis se pusiera furiosa y los mandara a la cama como niños.

Pero sí tuvo miedo a la mañana siguiente cuando apareció en la habitación a las nueve y anunció que los acompañaba. Sabía que él estaba en casa de su padre aquel fin de semana y, precisamente, quería hablar con él. Tenía cosas que decirle. Entre padres, dijo, era importante avisarse. No podía guardar silencio sobre algo tan grave, él tenía que entenderlo. Dijo que *lo sentía mucho*, pero no parecía sentirlo en absoluto. Tenía pinta de persona que se aburre y acaba de encontrar una ocupación. Le dijo que se duchase mientras preparaba el desayuno.

Delante de la taza de chocolate, Théo aseguró que su padre trabajaba los domingos por la mañana y no estaría en casa. Pero ella no se dejó embaucar.

— Dame su número, ya hablaré yo con él.

— No tiene móvil y el fijo no funciona.

— Entonces, vamos para allá.

No tenía hambre. Se le había agarrotado todo el cuerpo. Todos los órganos que dibujaba durante la clase de ciencias se habían mezclado unos con otros y formaban ahora una bola compacta, dolorosa.

Ella no iba a cambiar de opinión, de eso podía estar seguro.

Ella insistió en que se acabase la taza de chocolate, hacía mucho frío fuera y no quería que saliera con el estómago vacío. Se esforzaba en hablarle amablemente, su voz sonaba forzada.

Sabe que a la madre de Mathis no le cae bien.

A él tampoco le cae bien ella. Habla con expresiones extrañas que ha debido de copiar de libros antiguos. Habla como si el francés fuera una lengua extranjera que se hubiera aprendido de memoria o la copiara de alguien.

Se obligó a tragarse la leche caliente. Mathis, sentado frente a él, lo miraba, desamparado. Buscaba un modo de impedir que su madre lo acompañara, pero no se le ocurría nada.

La madre dio la señal de partida y fue a buscar la cazadora de Théo al ropero. (En casa de Mathis estaba todo bien ordenado. Cada cosa en un sitio que hay que respetar.) Al alargarle la prenda, le extraña que vaya tan ligero de ropa.

No ha querido que Mathis vaya con ellos. Sabe que su padre vive por la place d'Italie, lo ha mirado en el plano del metro para comprobar el trayecto. Al salir de la estación, tiene previsto que Théo le muestre el camino.

Han tomado el ascensor para bajar del edificio. En la cabina, para evitar su propio reflejo en el espejo y la mirada de la mujer, vuelve a atarse los cordones.

Ahora ella camina a su lado con paso autoritario, deprisa.

Théo siente que le late el corazón en el vientre, en ese lugar que el alcohol templea y apacigua al principio.

Ella no debe cruzar la puerta de su casa. No debe entrar en el piso de su padre y menos aún hablar con él.

Si cruza el umbral de la puerta, se acabó todo.

Como sea, debe mantenerla a distancia. Impedir que se acerque.

Se encaminan hacia el metro. Ha ajustado su paso al de ella. Ella nota que sigue la cadencia. Entonces relaja unos segundos la vigilancia y Théo aprovecha para salir disparado.

Corre hasta perder el aliento por el boulevard de Grenelle, corre sin volverse, rebasa la primera estación de la línea 6, no sea que lo alcance, y corre más rápido hasta la siguiente.

En Sèvres-Lecourbe, sube las escaleras de cuatro en cuatro para tomar el metro. Se ríe. Salta in extremis al vagón, pues las puertas están a punto de cerrarse.

De buena ha escapado.

Clavada se ha quedado, la mujer. Ni tiempo de decir esta boca es mía.

HÉLÈNE

El otro día, cuando anuncié que iniciaríamos las clases sobre la reproducción a la vuelta de vacaciones, Rose me interrumpió.

—¿Y usted, profesora, tiene hijos?

Contesté que no y proseguí. Normalmente, con los alumnos, salgo del paso con una broma. Pero en esa ocasión no.

Los golpes los he recibido y he guardado el secreto hasta el final. Tengo treinta y ocho años y no tengo hijos. No tengo foto que enseñar, ni nombre ni edad que anunciar, ninguna anécdota ni dicho gracioso que contar.

Albergo dentro de mí, y sin que lo sepa nadie, al hijo que no tendré. Pueblan mi vientre estropeado rostros de piel diáfana, dientes minúsculos y blancos, cabellos de seda. Y cuando se me formula la pregunta —es decir cada vez que conozco a alguien (en particular mujeres), cada vez que tras preguntarme a qué me dedico (o justo antes) me preguntan si tengo hijos—, cada vez que debo resignarme a trazar en el suelo esa línea con tiza blanca que divide el mundo en dos (las que tienen, las que no tienen), me entran ganas de decir: no, no tengo, pero mira en mi vientre todos los hijos que no he tenido, mira cómo bailan al ritmo de mis pasos, solo piden que se les acune, mira este amor que he conservado convertido en lingotes, mira la energía que no he gastado y que queda ahí para repartir, mira la curiosidad cándida y salvaje que es la mía, y el apetito de todo, mira la niña que sigo siendo yo por no haber sido madre, o gracias a eso.

Hace tiempo, un hombre me abandonó porque no podía tener hijos. Ahora, se retrasa cada noche en su despacho y vuelve a casa lo más tarde posible para no ver a los suyos.

Cuando me despierto de noche, suele volverme esta pregunta. ¿Por qué no dije nada? ¿Por qué dejé que girase la Ruleta de la suerte sin avisar a alguien, sin pedir auxilio, por qué dejé a mi padre multiplicar los cuestionarios, las trampas y las patadas, por qué no grité, por qué no denuncié? *Vamos, Hélène, a concentrarse, ahora una pregunta de historia, o mejor de psicología, ¿por qué has callado? Qué pena, Hélène, podrías haber doblado la apuesta.*

Pero en el fondo lo sé.

Sé que los hijos protegen a los padres y qué pacto de silencio los conduce a veces a la muerte.

Ahora sé algo que los demás ignoran. Y no debo cerrar los ojos.

A veces me digo que hacerse adulta tan solo sirve para eso: reparar las pérdidas y los daños del comienzo. Y mantener las promesas del niño que hemos sido.

No he seguido los consejos de Frédéric. Sigo yendo al colegio y observando a Théo. De pie tras el cristal, en cuanto los alumnos bajan al patio, busco su figura. Si acierto a localizarlo en medio de los demás —cuerpos imantados, reunidos por extrañas alianzas—, me paso el recreo espiando sus gestos, sus evasivas, en busca de una respuesta.

Con un pretexto cualquiera, consulté en el despacho de la consejera de educación las fichas de información rellenas por los alumnos a principio de curso. Di con las señas de su madre.

Fui varias veces. Ignoro lo que buscaba, quizá por un azar cruzarme con Théo fuera del colegio para que pudiera hablar conmigo. Me acerqué al edificio, en un perímetro cada vez más reducido, incluso una noche me quedé unos minutos en la acera de enfrente mirando las ventanas iluminadas.

El otro día, en el preciso momento en que pasaba yo delante del portal, alguien marcó el código y entró. Le pisé los talones. Me encontré dentro sin haberlo querido. Delante de los buzones, en el panel de información, aparecían expuestos los nombres y los pisos. No me lo pensé dos veces, subí hasta el tercero por la escalera. Me acerqué, me latía tan fuerte el corazón que apenas podía respirar. El piso estaba silencioso, no me llegaba ningún ruido. De pronto se abrió la puerta y me topé de narices con la madre de Théo. (Quizá sería más exacto decir que ella se topó de narices conmigo.) Creo que nuestras miradas se cruzaron —una centésima de milésima de segundo—, y salí corriendo escaleras abajo. Tenía que haber inventado un pretexto, una razón para justificar mi presencia, habría podido fingir tener amigos en el mismo inmueble, pues sí, qué coincidencia, y haberme equivocado de puerta, pero era demasiado tarde: estaba en la calle, corría sin resuello.

THÉO

El domingo, al volver a casa se encontró a su padre tumbado en su cuarto, con las cortinas echadas. Avanzó con cautela para que sus ojos se habituaran a la oscuridad. Cuando se acercó a la cama, vio que su padre no dormía. Parecía estar esperando algo, los brazos inertes sobre la sábana, la parte superior de la espalda sobre las almohadas y la vista clavada en un punto de la pared, tan solo visible para él. Miró a Théo durante unos segundos, como si necesitara ese tiempo para reconocer a su hijo, y luego unos segundos más para adoptar el proceder apropiado. Por un instante, su rostro reflejó esa chispa de alegría, fugaz, que lo animaba en los tiempos en que acudía a buscar a Théo a la escuela elemental, y luego ocultó las manos bajo la sábana. Preguntó a Théo si se lo había pasado bien, repitió varias veces la pregunta, no era una fórmula de cortesía, era una pregunta de verdad cuya respuesta le importaba.

Théo contestó que todo había ido bien. Se hizo un pequeño silencio durante el que no pudo evitar pensar que la madre de Mathis tal vez le había seguido, o que no tardaría en dar con sus señas y se presentaría sin avisar.

Durante la primera hora, estuvo pendiente del ruido del ascensor y cada vez que oía una voz en la escalera se quedaba paralizado.

Luego pasó la tarde recogiendo y limpiando por si llegaba alguien. Una suerte de intuición le decía que aquello era lo más importante que tenía que hacer, ordenar el piso de su padre.

No es tan complicado. Todo reside en transformar el trabajo en juego, una triquiñuela que le enseñó su padre, en los tiempos en que era capaz de reírse y de permanecer más de cuatro minutos en posición vertical. Para transformar la tarea más molesta en juego de pistas o en búsqueda del tesoro, basta fijarse un objetivo, un desafío, o inventar una historia.

En esta ocasión, Théo imaginó que participaba en un célebre reality. Le seguía una decena de cámaras, repartidas por todas las habitaciones del piso, que retransmitían en directo la prueba de *Le Grand Ménage*. En el momento mismo en que llenaba el cubo de agua, más de un millón de personas seguían sus gestos, pues era el más joven candidato de toda la historia del juego y a todas luces el preferido de los telespectadores. La prueba del día resultaba particularmente larga e ingrata, pero podía permitirle alcanzar la victoria. Porque, como en las demás, sería calificado, al final de *Le Grand Ménage*, tanto por su rapidez como por su

eficacia. Y en ambos casos es el mejor.

Una voz en off imaginaria no tardó en comentar sus gestos para hacer hincapié en su agilidad y precisión. Esta tarde, en el confesionario, podrá contar frente a la cámara lo que ha sentido durante la prueba, los momentos de duda y la voluntad que, sin embargo, nunca le ha abandonado. Y con un poco de suerte no tardará en aparecer en las portadas de todos los magazines de televisión.

Su padre no se ha levantado desde el domingo. Lleva tres días dormitando en la cama, la puerta permanece entreabierta pero nunca abre las cortinas. No se levanta más que para ir al lavabo, arrastrando los pies, Théo oye el roce de sus zapatillas al deslizarse por los listones del parqué y acto seguido el de la cisterna. Hace tiempo que no se ducha y prácticamente no ha comido nada. Théo le lleva agua en una jarra y le prepara pequeños bocadillos que él apenas toca.

Théo podría avisar a su abuela, pero no sabe su número. De todas formas, ella no ha vuelto por allí. Y la última vez, hace ya unos meses, se peleó con su padre. En el momento de marcharse, miró a Théo y, con falsa cara de sorpresa, dijo:

—Cómo te pareces a tu madre.

En la mesa de la cocina, una bolsa de plástico con los colores de una farmacia vecina contiene los medicamentos que toma su padre a diario. Durante la noche, Théo saca las cajas de la bolsa para leer los prospectos.

En la clase de ciencias, la señora Destrée les ha hablado de las moléculas que actúan en el cerebro. Ha explicado los efectos del dopaje de los deportistas y el motivo de que esté prohibido. Les ha hablado también de los medicamentos que pueden cambiar el humor de una persona, ayudarla a estar menos triste, menos angustiada, y en ocasiones incluso devolver la razón a las personas que dicen o hacen tonterías. Pero son medicamentos peligrosos que solo un psiquiatra o un médico pueden recetar.

Sin embargo, el padre de Théo tiene montones de medicamentos, cajas y más cajas, cuando en realidad ya no sale del piso. Parece que se los ha ido guardando durante meses.

Quizá Théo podría ir a ver a la señora Destrée y hablarle de su padre.

Cuando dibuja cosas en la pizarra, o cuando explica todo lo que sucede en el

organismo, le da la impresión de que se dirige a él. Tal vez lo sepa todo. Y pueda guardar un secreto.

CÉCILE

Ahora tengo miedo. Miedo de que nos pase algo. Imagino horrores, es superior a mis fuerzas. Discurro tramas catastróficas, conexiones funestas, coincidencias trágicas. Por las noches, cuando me acuesto, me viene a la mente que quizá no vuelva a despertarme. Una masa me oprime el pecho por el lado izquierdo y me impide respirar. O bien percibo un dolor difuso en la parte inferior del vientre y de pronto temo albergar en los tejidos dañados de mi cuerpo un cáncer de esos invasivos que no tardará en darse a conocer.

Mis hijos son demasiado jóvenes para perder a su madre. Eso pienso cuando cierro los ojos.

El doctor Felsenberg llama a eso pensamientos mórbidos.

Revelan, a su entender, una culpabilidad antigua.

Es muy extenuante. Es una espiral que me aspira, me absorbe, contra la que no puedo hacer nada. Los pensamientos mórbidos sobrevienen en cualquier momento, en forma de imágenes o de palabras, cuando intento describirlos pierden su textura, su incandescencia, ya no parecen tangibles, aparecen como lo que son: construcciones elaboradas por la angustia, amenazas teóricas y lejanas. Pero por el momento me impiden respirar.

La temperatura ha caído de repente, ha helado varias noches seguidas. Camiones esparcidores de arena recorren la ciudad para evitar la formación de placas de hielo. Al principio pensé que el frío podría sanearlo todo, eliminar los gérmenes, las bacterias, los parásitos, erradicar todas las porquerías invisibles que nos rodean, pero el propio frío se ha transformado en un peligro solapado, insidioso, una amenaza de pies a cabeza en mis sórdidas elucubraciones.

No le he contado nada a William de lo de Mathis. Sin duda porque estoy segura de que eso viene de mí. Quizá, de manera general, el problema viene de mí. Soy la pieza defectuosa camuflada en el corazón de un mecanismo burgués que funcionaba desde la noche de los tiempos. Soy el grano de arena que agarrota la máquina, la gota de agua malhadadamente caída en el depósito de gasolina, la oveja negra disfrazada de ama de casa. Mi impostura es el origen del desastre. Soñaba con un piso familiar y estiloso que nos tuviera embelesados. Soñaba con niños de ojos claros educados en un ambiente plácido y confortable. Soñaba con esa vida apacible centrada en su educación y el bienestar de mi marido. No pedía

otra cosa y en ello me mantuve. Pensaba que eso bastaría. Un perfil bajo, pasar el aspirador y preparar la merienda. Que no se me malinterprete, estoy donde quería estar. Sin embargo, me equivoqué. Sí, tal vez era una gaviota embadurnada por la marea negra, pero ahora me asemejo extrañamente al cuervo de la historia que me contaba mi abuela, esa ave tosca de plumaje de ébano que soñaba con ser un pájaro blanco. Porque así prosigue la fábula: el pájaro se revuelca primero en talco, luego en harina, pero el subterfugio dura poco y no tarda en desaparecer. Entonces se sumerge por entero en un bote de pintura blanca, del que queda prisionero. Yo soy ese pájaro negro que quería ser blanco y que ha traicionado a los suyos. Me creía más lista. Me creía capaz de imitar el canto de las tórtolas. Pero yo también he perdido el uso de mis alas, y donde estoy es inútil batallar.

No consigo hablar con William. Me resulta imposible.

Cuanto más tiempo paso mirando lo que escribe en internet —esas huellas no se borrarán nunca, tenaces improntas que un día u otro revelarán la deformidad del monstruo—, menos logro hablar con él. Mi marido se ha convertido en un extraño.

Me gustaría ser capaz de olvidar lo que he leído. Ignorar la ciénaga que nos rodea y que no tardará en invadir nuestro salón. No volver nunca a encender el ordenador. Pero no puedo.

Sin embargo, cada día que pasa me invento una nueva mentira, mucho más grande que todas aquellas que nos han convertido a William y a mí en esos timadores de segunda nunca desenmascarados. Me callo y sigo lidiando con el polvo y girando con precaución el botón de la lavadora, enchufando la batidora y la plancha, cambiando las sábanas y limpiando los cristales con el fin de que no quede señal alguna, ni siquiera a pleno sol.

¿Quién es el auténtico William? ¿El que difunde su prosa de hiel amparado en el anonimato o el que circula a cara descubierta en un traje gris antracita, ligeramente ceñido en la cintura? ¿El que se revuelca en el fango o el que luce immaculadas camisas, planchadas con esmero por su esposa?

Debería decirle a mi marido que lo sé.

Tal vez esas dos partes de sí mismo se juntarían en una sola. Tal vez yo sería capaz de establecer un vínculo entre ambas identidades. Tal vez entendería algo que se me ha escapado.

A ratos, pienso en aquella bola arrugada, arrojada a la papelera. Me pregunto si, sin saberlo, William no esperaba que su doble fuera descubierto, desenmascarado y vituperado, y que por fin alguien lo mandara esposado al calabozo.

Tengo que encontrar una solución para Mathis. No quiero que siga relacionándose con Théo. Sí, digo *relacionándose*, como decía mi madre, y así es. No quiero que siga volviendo con él del colegio, ni que se siente a su lado en clase. Tengo el convencimiento de que ese chico ejerce sobre nuestro hijo una influencia nociva, malsana, sin contar que lo arrastra a la bebida.

En la página web Pronote del colegio, he pedido una cita con la señora Destrée, su tutora.

Hablaré con ella. Se lo explicaré.

Y a final de curso, si es preciso, cambiaremos a Mathis de centro.

THÉO

No le digas a tu madre que Sylvie se marchó, no le digas a tu madre que papá ya no tiene trabajo, no le digas a tu madre que la abuela Françoise está enfadada, no le digas a tu madre que el fregadero pierde agua, no le digas a tu madre que he vendido el coche, no le digas a tu madre que no encontramos la sudadera, dile a tu madre que aún no sé lo que vamos a hacer, dile a tu madre que espero que me paguen un dinero y que pronto podré pagar el comedor, no le digas a tu madre que no hemos salido, dile a tu madre que no hemos podido concertar cita, no le digas que...

Cuando cierra los ojos, ve a veces sus caras de antes, las de la foto donde aparecen los dos sonrientes. Su madre lleva el pelo largo, está vuelta hacia su padre, que mira el objetivo, él lleva una camisa de manga corta, la abraza por el talle. Tiempo atrás esa foto le reconfortaba. Ahora sabe que las fotos son engaños como lo demás.

MATHIS

Le gustaría volver atrás, a cuando era pequeño, cuando se pasaba horas juntando piezas de plástico, cuando no tenía otra cosa que hacer que construir casas, coches, aviones, y toda clase de criaturas articuladas con poderes excepcionales. Recuerda aquella época que no le parece tan lejana —al alcance de la mano y sin embargo caduca—, aquella época en que jugaba con Sonia a ¿Quién es Quién? o al Cazatopos en la moqueta del salón.

Todo se le antojaba más sencillo. Quizá porque fuera de las paredes del piso y de la escuela el mundo era teórico: un vasto territorio reservado a los adultos, que no le atañía.

Taparon el acceso a la escalera del comedor, ya no tienen ningún sitio donde esconderse. Mathis sintió una especie de alivio que era incapaz de explicar, pero Théo se empeñó de inmediato en buscar otro sitio, a cubierto de toda vigilancia. Hugo les habló de un jardín próximo a la explanada de los Inválidos, donde puede uno escurrirse fácilmente, fuera de las horas de apertura.

Esta mañana, mientras esperaban delante del colegio a que sonara el primer timbre, se les acercó Hugo, con su aire de conspirador. De haber sido un poco más alto y fuerte, Mathis le habría pedido que se largara antes de que abriera la boca, pero sabe desde hace tiempo que no posee un físico que permita los arranques de cólera. Por supuesto, Hugo tampoco traía hoy la botella que le había encargado Théo. En cambio, venía con una buena noticia: el sábado siguiente, Baptiste, su hermano, organizaba una fiesta. Se juntarían unos cuantos, fuera, y habría bebida. Eufórico, Baptiste repitió varias veces: «¡Para coger una tajada de las buenas!»

Quedaron delante de la plazoleta Santiago-duChili a las ocho en punto. Baptiste les mostraría cómo saltar el cercado sin que repararan en ellos. Una vez dentro, convenía estar al quite y quizá esconderse, porque a veces había algún vigilante haciendo la ronda. Y si tenían frío, tranquilos, que ya les calentaría la ginebra.

Mathis lleva pensando en eso toda la mañana.

No le apetece nada ir. De todas formas, no podrá. Dado lo que pasó la última vez, la noche que sus padres cenaron en casa de unos amigos, lo más probable es que su madre no le deje salir.

Si de él dependiera, rechazaría la propuesta. Baptiste y sus amigos se han quedado con el dinero de Théo para comprar otra botella y ahora van de grandes señores. No le gusta nada lo que hacen. No tienen palabra.

Le hubiera gustado que Théo se negara a ir. Pero su amigo ha aceptado y ya tiene montado su plan: dirá que duerme en casa de Mathis. Es imposible que su padre llame para comprobarlo. Lo demás no tiene la menor importancia. Dispondrá de su tiempo y de sus desplazamientos: una noche entera de libertad. Cuando Mathis le pregunta preocupado dónde dormirá *de verdad*, Théo contesta que ya veremos.

A Mathis le gustaría desmarcarse de esa historia, quedarse en casa y despreocuparse del asunto. Pero no puede dejar a Théo solo con ellos.

Deberá encontrar una manera de estar allí. Tendrá que mentir. Encontrar una razón irrefutable para que su madre le deje salir a pesar de *lo ocurrido*, pues así se refiere a ello, en voz baja.

No le ha dicho nada a su padre.

Tiene que pensarlo bien.

Mentir, en realidad, no es difícil, cuando se poseen razones sólidas. El otro día, por ejemplo, cuando su madre volvió, apenas diez minutos después de que se marcharan, furiosa porque Théo la había dejado plantada debajo del metro aéreo, Mathis juró que no tenía la dirección de su amigo —ni en casa de su padre ni en la de su madre—, y que tampoco sabía ir.

Durante la semana siguiente, bajó con su madre al sótano para buscar una caja de cartón en la que ella esperaba encontrar ropa antigua suya. Una vez abajo, habló con él. Le dijo que no quería que viera a Théo, ni que se sentara a su lado en clase. Esperaba de él que se alejara de su amigo y trabase amistad con otros chicos de la clase. Quedaba descartado que Théo volviera a poner los pies en casa, o que Mathis fuese a la suya.

No le conocía aquella voz firme, inapelable. No había nada que discutir, era una orden y esperaba que obedeciera.

Su madre está rara desde hace un tiempo. Habla sola sin darse cuenta. No tiene ya ese aire melancólico que le hacía sentirse tan mal, ni esa mirada triste que le notaba a veces, no, se la ve afanosa, desbordada. El otro día, la vio de lejos, en la

calle, farfullaba sola, parecía una loca.

HÉLÈNE

El jueves por la tarde, Théo se quedó en el aula al final de mi clase, esperó a que salieran todos los demás. Era la última hora del día, yo acababa de terminar el capítulo sobre la actividad cerebral y el funcionamiento del sistema nervioso, al que dedico por lo general dos o tres clases. Vi que tardaba en recoger sus bártulos. Mathis se marchó antes que él, creo que los jueves tiene clase de solfeo o de piano y no se entretiene nunca.

Cuando nos quedamos solos, Théo se me acercó, se mantenía erguido, cazadora cerrada, barbilla alzada, mochila al hombro. Pensé: tiene algo que decirme. Contuve el aliento. Sobre todo no debía forzar las cosas, ni precipitarlas. Le sonreí y fingí ordenar los papeles diseminados sobre mi escritorio. Tras un breve momento, me preguntó:

—¿Puede uno morir si toma medicamentos malos?

Se me aceleró el pulso, no podía incurrir en ningún error.

—¿Quieres decir si tomas medicamentos que no son para ti?

—No, no es eso.

—¿Pues qué es?

—Pues... si alguien toma medicamentos que no funcionan. Usted ha dicho que hay medicamentos que actúan en el cerebro. En el humor de la gente. Pero yo creo que a veces no sirven para nada. Y la gente sigue en la cama. No comen casi y no se levantan y se quedan así todo el día.

Había hablado muy deprisa. Tenía que desentrañar sus palabras y formular las preguntas adecuadas.

—Sí, es cierto, Théo, puede suceder. ¿Piensas en alguien en particular?

Alzó los ojos hacia mí. Bajo la presión, veía dilatarse sus pupilas.

En ese preciso momento apareció el director en mi aula sin llamar. Me volví hacia él, estupefacta, sin dejarme abrir la boca ordenó a Théo que volviera a su casa, con un tono que significaba claramente que no tenía nada que hacer allí. Théo me dirigió una última mirada, ojo iracundo, acusador, como si yo fuera la

empleada de banca que pulsa el botón de alarma bajo la ventanilla.

Salió sin volverse.

Seguí al señor Nemours hasta su despacho.

Tranquilo, con firmeza un tanto teatral, me expuso la situación.

La madre de Théo Lubin ha telefoneado para quejarse. No solo la había convocado sin motivo alguno, sino que ahora merodeo por los alrededores de su casa. Hasta en su mismo edificio. Por supuesto, ha contado la conversación que mantuvimos, hace unas semanas, que ha calificado de injusta y de culpabilizadora. El director le ha pedido que recuerde el contenido exacto de mis palabras, cosa que ha hecho a la perfección, a juzgar por el informe detallado que me ha colocado ante los ojos.

Amén de infringir las normas de la institución y excederme en mis atribuciones, omití mencionar esa conversación durante el claustro dedicado a ese alumno. Claustro organizado, debía recordarme, a consecuencia de una primera pifia por mi parte. ¿Por qué no dije nada? Era una falta. Una falta grave. Mi comportamiento alteraba el buen funcionamiento del servicio público de educación y vulneraba el prestigio de dicho servicio.

La madre de Théo había solicitado que se cambiase a su hijo de clase. El director se comprometió a convocarme para que explicase lo sucedido, y él le dijo que actuaría en consecuencia.

Esperó mi reacción. Mis argumentos. Mis justificaciones. ¿Qué diablos hacía en su escalera? No tenía nada que alegar en mi defensa, de modo que guardé silencio. Por suerte, no se plantea aplicar una sanción. Lleva más de veinte años en la docencia. Sabe a qué presión, a qué estrés nos vemos sometidos y las responsabilidades que hemos de asumir. Debemos ser solidarios. Manternos unidos. Por respeto a la tarea que llevo realizando en el colegio desde hace varios años, no reclamaré ni reprobación ni apercibimiento. Eso sí, me pidió que meditara y pidiera la baja a un médico. Un mes como mínimo. Lo necesario para que se calmasen los ánimos. Era una condición, no cabía discusión alguna.

Vacíé mi taquilla y salí del colegio con la desasosegante certeza de que ya no volvería.

La música de *La Ruleta de la suerte* me rondaba por la cabeza, *compro una A*,

digo la L, compro una C, estoy tan cerca de la meta, debo meditar para comprender, hallar la respuesta adecuada, ah no no, vamos Hélène, que no es tan sencillo, ¿qué cree? ¿No estaría pensando que podía invertir el sentido de la Ruleta?

No escuché los mensajes de mis compañeros que se sucedieron a lo largo de todo el día en mi contestador automático.

No llamé a Frédéric, que intentó dar conmigo varias veces.

Desde mi ventana, miro a los transeúntes; arropados en sus abrigos, las manos en los bolsillos o protegidos con guantes, el cuello encogido en los hombros, aprietan el paso y bregan con la humedad que traspasa sus minúsculos baluartes. Entre ellos, una mujer se pregunta cuánto tiempo tarda en hacerse la tarta de cebolla, otra acaba de decidir dejar a su marido, otra cuenta mentalmente los tickets de restaurante que le quedan, una muchacha lamenta haber elegido unas medias tan finas, otra acaba de enterarse de que le han concedido el trabajo para el que le han hecho varias entrevistas, un anciano ha olvidado por qué está ahí.

CÉCILE

La ventaja de hablar sola es que una puede gastarse bromas. Conozco algunas buenas, que me contaba mi hermano de niños. Nos tirábamos por el suelo de la risa.

El otro día me entretuve hablándome a mí misma con acento inglés, era divertido, debo decir que lo imito bastante bien. Es increíble cómo permite desdramatizar la situación. Venía a ser como si Jane Birkin se hubiera propuesto levantarme la moral. Pero era yo y solo yo la que me hablaba a mí misma, por supuesto, sí, sí, en voz alta en mi salón. Además, pasé revista a casi todo.

Se lo conté al doctor Felsenberg. Quería saber, con el acento inglés, por quién o por qué me había convertido en extranjera.

Mi padre murió hace tiempo y Thierry acabó yéndose de casa. Desde entonces, mi madre vive sola en unos bajos de la escalera G, en el edificio donde transcurrió nuestra infancia. El alcalde le concedió un F2 en vez del F4 que habitábamos, lo cual le permite pagar el alquiler y vivir *decorosamente*. No es de la clase de personas que se quejan.

La llamé el otro día, sin pensármelo, cogí el teléfono y marqué el número. Estaba sorprendida, no suelo llamarla. Dije que tenía ganas de oírla, de saber de ella, se hizo un breve silencio y luego me preguntó si todo iba bien. Dije que sí, y se hizo un nuevo silencio. Mi madre no me formula nunca preguntas directas o concretas, vivo en un mundo que le parece demasiado alejado del suyo. Sé que Sonia va a verla de vez en cuando. Mi madre prepara té y galletas que dispone en círculos en un platito. Después los mete en una caja para que mi hija pueda llevárselos. Dije que iría a verla, un día de estos. Tras un nuevo lapso, mi madre dijo de acuerdo, os espero, como si no hubiera otra cosa que esperar de la vida entre el momento de la promesa y aquel en que se cumpla.

La señora Destrée no contestó a mi petición de concertar una cita. Me pareció un poco fuerte. Se supone que es la tutora de quinto B pero no contesta cuando se trata de recibir a los padres de alumnos, al margen de esas interminables reuniones colectivas que se celebran dos veces al año. Me conecté varias veces a la página web del colegio, insistí en mi mensaje y acabé llamando. Me dijeron que estaba enferma, sin precisar la duración de su ausencia. Espero verla cuando vuelva.

Aparentemente, nada ha cambiado. William no ha vuelto a cenar en casa de sus amigos. En su opinión, se trataba de un incidente menor. Un cambio brusco de humor. Probablemente salió del paso con una evasiva y sirviéndose una copa. No estoy segura de que William haya reparado en la distancia que mi cuerpo impone al suyo. No hemos hecho el amor desde hace varias semanas, pero no es la primera vez. Pensaré que estoy atravesando una de esas fases oscuras que jalonan la vida de las mujeres. Cosas de las hormonas, sin duda, dado que observa al mundo femenino a través de ese prisma, si prestamos crédito a la prosa de Wilmor.

Lo cierto es que he dejado de buscar. No he vuelto a encender el ordenador desde que descubrí que mi marido había abierto también una cuenta en Twitter que le permite, en un formato más incisivo y de manera igualmente solapada, comentar todo y cualquier cosa sin asumir nunca el contenido de sus palabras. Extraño mundo que nos permite soltar aquí y allá una frase anónima, ambivalente o extrema sin darnos nunca a conocer.

La misma noche, después de cenar, William se sentó junto a mí en el sofá. Me rodeó los hombros con el brazo, sentí que mi cuerpo se tensaba, el contacto de su mano me quemaba la piel a través del jersey. Me dijo que tenía que acabar un trabajo, que lo lamentaba, un informe complicado que debía entregar al día siguiente al director de su departamento.

Lo miré unos segundos, al principio en silencio, luego le pregunté: ¿estás seguro de que no tienes nada que decirme?

Se rió con esa risa nasal con la que oculta en ocasiones su malestar, le parecía que la pregunta no dejaba de ir con segundas, que rebasaba el marco de los diálogos domésticos, cotidianos a los que se reducen nuestras conversaciones, William no es tonto. Se me quedó mirando con aire interrogante, esperaba que siguiese. Formulé de nuevo la pregunta.

—¿Estás seguro de que no tienes nada que decirme... sobre ti, sobre lo que haces?

No podía ir más lejos. No me veía con fuerzas. Pero estoy segura de que, en ese momento, lo comprendió.

Dudó.

Una décima de segundo.

Lo supe porque, si bien no conocía a Wilmor, a William lo conocía a la perfección: el ligerísimo temblor de sus párpados, su modo de juntar las manos, su tosecilla apurada que le permite poner fin a la conversación.

Luego me acarició la mejilla, de manera furtiva, un gesto de antes, de hacía mucho tiempo; de antes de los hijos, de los ordenadores, de los teléfonos móviles, antes de la araña en la tela de internet.

Se levantó. Me daba ya la espalda cuando me contestó:

—Te imaginas cosas.

William se encerró en su despacho. Yo vi en la televisión un documental sobre las pizzas industriales, hablaban de los potenciadores de sabor y de los condimentos agregados para enmascarar la calidad mediocre de los productos de guarnición, subterfugio revelado al término de una gran investigación realizada en un contexto de *omertà* y con música de suspense. Un auténtico thriller. A decir verdad, no me interesaba, pero lo vi hasta el final. El domingo anterior había visto uno sobre los cocos. ¿Desde cuándo los documentales televisivos difundidos a las horas de máxima audiencia se dedican a la vida de los gatitos o a las hamburguesas?

Hablé conmigo misma durante unos minutos, me apetecía debatir. Mi voz no se limita ya a tranquilizarme, ahora emite opiniones.

A través de la puerta, le dije a William que me iba a la cama. Ordené una o dos cosas tiradas por la cocina y eché las cortinas del salón.

A continuación, efectué esos gestos que preceden el momento de acostarse (desmaquillador, agua de azahar, crema de manos) en una suerte de ritual, como me imagino que harán todas las mujeres de mediana edad.

Me tumbé. Apagué la luz y me vino a la mente esta frase, tan claramente como si la hubiera pronunciado en voz alta: quiero bajarme.

MATHIS

Esta noche, ha esperado a que su padre se encierre en el despacho y a que su madre esté sola en el salón. Se ha preparado bien.

Respira una vez más.

—Una cosa, el sábado vamos a la Philharmonie, con el señor Châle.

Ella se sorprende, se lo esperaba.

—Ah, ¿y eso desde cuándo? ¿No habíais ido ya?

—No, fuimos a la Ópera Garnier. ¿No te acuerdas? Lo pone en el papel que firmaste el otro día, si hasta diste el dinero.

—¿Y dónde está ese papel?

—Se lo devolví al señor Châle, porque tiene que conservar la autorización de los padres.

La madre se detiene un instante (desde hace dos días, se pasa el tiempo separando bártulos como si estuvieran a punto de ser expulsados del piso). Mathis siente decenas de insectos que rebullen en su estómago, ruega a Dios que ella no los oiga.

Su madre parece perpleja. Pero él tiene previstas todas las preguntas.

—¿Un sábado por la noche?

—Pues sí, porque el colegio ha conseguido unas entradas, gracias a un grupo de jubilados que han renunciado. El señor Châle dice que es una gran oportunidad, aunque los asientos queden lejos del escenario.

—¿Con toda la clase?

—No, solo los de la opción música.

—¿Y qué escucharéis?

—A la Grande Orchestre de París. Henry Purcell y Gustav Mahler.

Ha previsto los detalles: cómo irán, cómo volverán, qué profesores los acompañan. Su madre es la clase de madre capaz de creerse que organizan salidas a la Philharmonie un sábado por la noche.

Resulta muy fácil mentir. Incluso le produce cierto placer cargar las tintas. Adopta la voz de muchachito bien educado.

—Tenía que acompañarnos la señora Destrée, pero al final irá otro profesor, porque está enferma.

Sorprendentemente, la precisión parece tranquilizar a su madre y consolidar la veracidad de sus palabras.

Dice que irá a buscarlo a la salida, después del concierto, para que no vuelva solo. Mathis le suplica que no vaya, se morirá de vergüenza, le hará parecer un crío, los demás se burlarán, el señor Châle ha dicho que acompañaría él mismo a los alumnos que viven cerca del colegio para no molestar a los padres que tienen organizada la noche.

Su madre acaba capitulando y a Mathis le da la impresión de que está ya pensando en otras cosas, o bien de que no se ve con fuerzas para extremar sus investigaciones. Desde hace unos días parece llevar una vida secreta, muy agitada y fatigosa.

Poco después, cuando Mathis está a punto de apagar la luz, acude a su habitación.

Le formula la pregunta de manera directa, inesperada.

—Oye, Mathis, ¿no me estarás contando un cuento?

No se lo piensa un segundo.

—No, mamá, te lo juro.

THÉO

El frío ha cubierto la ciudad de papel de seda. Un polvo blanco, de increíble finura, se ha depositado en los céspedes de la explanada. Los bancos están vacíos, el viento ha ahuyentado a los transeúntes.

Se han reunido a las ocho en punto. Baptiste les había pedido que se plantaran en la esquina de la calle, a unos metros de la entrada de la plazoleta, delante de la señal de dirección prohibida.

Han esperado a que les avise.

Uno tras otro, en un mismo movimiento cauto y silencioso, han saltado la cerca y se han internado en los matorrales. Un primer alto, el tiempo de comprobar que no los había visto nadie.

Transcurridos unos minutos, reanudan su avance hacia el fondo del parque. En fila india, siguiendo a Baptiste.

Detrás de los árboles, se abre un pequeño espacio. En el suelo, pueden distinguirse los contornos de un antiguo arenero, ahora cubierto de tierra. Baptiste les indica que se sienten allí, en círculo y distanciados unos de otros, para que puedan jugar.

Baptiste y sus amigos han llevado varias botellas de Oasis en las que han mezclado ginebra con zumo de fruta. Mitad, mitad. Propone una primera ronda para ponerse a tono, reparte vasos de plástico entre todos.

Es dulce y fuerte a la vez. Théo apura el vaso en un santiamén, se le saltan las lágrimas pero no tose.

Espera a que la ola de calor se le difunda por la espalda y a lo largo de la columna vertebral.

Quentin se echa a reír, sorprendido de que Théo pueda beber de un trago a su edad.

Baptiste les da unos consejos: con el frío, no hay que quedarse mucho tiempo sentados. Deben levantarse regularmente y saltar, dando palmadas, para calentarse.

Théo guarda silencio. Escruta en su interior la sensación de calor que tarda en aparecer, observa a los demás. Mathis está pálido, parece tener miedo. Quizá porque ha mentido a su madre. Hugo está sentado junto a su hermano, con expresión concentrada, espera instrucciones. Mientras los mayores parlamentan sobre el resto del programa, Théo se sirve otro vaso y se lo bebe tan rápidamente como el primero. Nadie dice nada.

Baptiste explica ahora las reglas del juego. Hará una pregunta a cada uno antes de sacar una carta. Por ejemplo: ¿rojo o negro? ¿Picas, tréboles, corazones o diamantes? Si la respuesta es correcta, bebe él. Si es incorrecta, bebe el otro. A continuación pasa a la persona siguiente y vuelta a empezar. Y así sucesivamente. En el sentido de las agujas del reloj.

Asienten. Están listos. Están acostumbrados a que dirija las operaciones.

Se instala un silencio concentrado.

Pero Théo interviene: le gustaría hacer las preguntas.

No ha cuestionado la superioridad de Baptiste, ni su derecho adquirido, ha dicho «me gustaría». Es hijo de la separación de los cuerpos y de los bienes, del rencor, de las deudas irreparables y de la pensión alimenticia: conoce las reglas de la diplomacia.

Todos vuelven la mirada hacia Baptiste, que sonríe, divertido.

Quentin observa con sorna.

Baptiste lo repasa de arriba abajo durante unos segundos. Calibra al contraventor. Ningún signo de insurrección. Un capricho de niño.

—¿Tú? ¿Quieres hacer tú las preguntas? ¿Pero no te das cuenta de que con mi norma, si diriges el juego, te expones a beber cinco veces más que los demás?

—Sí, lo sé, he hecho el cálculo.

—Ya veo, eres bueno en mates... ¿Crees que podrás aguantar?

Se miran otra vez, ronda la burla, pero aflora ya el reto. Baptiste duda en tomarle la palabra. Théo lo advierte todo, tanto da lo que piensen.

Baptiste dirige una última mirada a sus amigos, y luego dice: vale.

Desliza las botellas hacia Théo. Son de distintos colores, naranja, verde, amarillo, en función de las bebidas con las que está mezclado el alcohol. Théo se las coloca delante. El azúcar ha rezumado al exterior, el plástico está un poco pegajoso.

Baptiste termina de explicar: Théo debe variar las preguntas que formula: ¿Figura o número? ¿Encima o debajo (de la carta extraída anteriormente)? ¿Por dentro o fuera (del intervalo entre las dos últimas cartas)? A cada tipo de preguntas corresponde un número de tragos que beber, pudiendo llegar hasta cuatro.

Quentin y Clément se dan con el codo mientras Baptiste baraja las cartas por última vez.

Théo coge la baraja, hace la primera pregunta.

Pierde. Bebe.

Hace una nueva pregunta. Vuelve a perder. Bebe.

La nota estridente comienza a alejarse.

Sigue las reglas del juego, la ola suave le recorre el espinazo, mientras sus miembros se reblandecen, levantados y sostenidos por una suerte de algodón ligero, suave.

Sabe cuándo debe beber o tender la botella.

Las risas corean cada reto. Pero siente que en su interior, algo —una onda o un flujo— está escapando. No tiene miedo. Siente que sus músculos se relajan uno tras otro, piernas, brazos, pies, dedos, incluso su corazón parece ralentizarse, más y más. Todo es fluido. Relajado.

Ve un inmenso mantel blanco que baila y restalla con el viento. Ha salido el sol. Le parece reconocer el tendedero de su abuela, tras la vieja casa de piedra.

Oye de nuevo risas, pero no son las de los otros, es una nota más alta, de cristal, aguda y jubilosa.

MATHIS

Théo había depositado ante él las dos cartas, un diez de tréboles y una dama de diamantes, boca arriba, se ha vuelto hacia Quentin y ha preguntado: ¿dentro o fuera?

La nieve ha empezado a danzar alrededor en minúsculos copos, pero ninguno parecía poder alcanzar el suelo. Quentin cerró los ojos antes de contestar.

—Dentro.

Théo ha vuelto la carta que sostenía sobre la palma de la mano, la cara oculta. Sota de picas.

Théo ha cogido la botella, ha bebido los cuatro tragos reglamentarios. Luego se ha caído tal cual, de golpe, hacia atrás. Se ha dado contra el suelo con un ruido sordo.

Se han mirado, Quentin y Clément se han echado a reír, pero Baptiste ha dicho: callad la boca.

Le han estirado las piernas, la parte superior del cuerpo descansando sobre la capa de hojas, la inferior sobre la parte de hormigón. Baptiste le ha dado varios cachetitos, repetía «eh, eh, no hagas el gilipollas», pero Théo estaba inerte. Mathis no había visto nunca un cuerpo así, tan desarticulado.

El silencio en torno a ellos resultaba irreal: la ciudad entera parecía haber obedecido a Baptiste e interrumpido su ir y venir.

Mathis habría jurado que se oía latir su corazón, un metrónomo como el del señor Châle, midiendo uno a uno segundos de terror. El olor a tierra y a hojas putrefactas se le agarraba a la garganta.

Se miraron de nuevo, Hugo no pudo reprimir un gemido de terror.

Baptiste ordenó: nos largamos.

Cogió a su hermano del cuello de la chaqueta, lo plantó frente a él, bien al frente, le agarraba los hombros con brutalidad. Lo miró derecho a los ojos y dijo:

—Nunca hemos estado aquí, ¿vale?

Se volvió hacia Mathis y repitió con tono seco:

—No estábamos aquí, ¿entendido?

Mathis asintió con la cabeza. El frío le traspasaba la ropa.

En menos de un minuto, lo recogieron todo —cartas, cigarrillos, botellas— y desaparecieron.

Mathis permanece allí, junto a su amigo, que parece dormir muy profundamente. Se acerca a su cara, le parece percibir su aliento.

Lo sacude varias veces, pero Théo no contesta.

Mathis se echa a llorar.

Si llama a su madre, tendrá que confesarle que no está en la Philharmonie. Ha mentido y traicionado su confianza. Se va a poner como loca. Sobre todo, avisará a los padres de Théo. Y si alguien va a casa de su padre, Théo se lo echará en cara toda la vida.

Datos confusos y oscuros que no acierta ya a descifrar giran a gran velocidad en su cabeza, una avalancha de amenazas que no sabe jerarquizar.

Le tiemblan todos los miembros, empiezan a castañetearle los dientes, como los días en que pasa demasiado tiempo en la piscina.

Es hora de volver a casa. Debe volver a casa.

Llama a Théo. De nuevo. Lo sacude, le suplica.

Lo intenta por última vez, su voz se ha tornado casi inaudible.

Deposita su anorak sobre el cuerpo.

Luego sale de la plazoleta.

Toma la avenue de La Motte-Piquet y la rue de Grenelle, consulta de nuevo la hora, corre.

Minutos después, llega a la puerta de su edificio. Marca el código de entrada

y entra en el vestíbulo. Aguarda unos segundos a que se le calme la respiración. Introduce la llave en la puerta y oye enseguida los pasos de su madre, que le esperaba en el salón. Su madre abre los brazos para recibirle.

Estás helado, le dice.

Se acurruca contra ella, ella le acaricia el pelo, le dice: no te preocupes, que todo se arreglará. No pregunta qué tal ha ido el concierto, sin duda piensa que está demasiado cansado y que se lo contará mañana.

En su habitación, Mathis abre el armario donde está habitualmente su ropa.

Está vacío.

Mira el interior varias veces.

Entre las sábanas, intenta cerrar los ojos. Pero unas imágenes invaden su cabeza, se multiplican y se difractan, regidas por la rotación de un caleidoscopio invisible. Los colores son cada vez más vivos y de pronto las imágenes emergidas se juntan y se le aparecen enteras. Perfectamente nítidas.

Son los esquemas de la clase de la señora Destrée que se hinchán ante sus ojos, aun cuando los mantiene abiertos: un corazón saturado de sangre cuyo ritmo decae, y luego unos pulmones petrificados en el hielo, envueltos en una película de escarcha, y sangre que mana sobre sus manos, azul.

Se ha incorporado en la cama, un sollozo mudo le desgarró el pecho.

Entonces recuerda que la señora Destrée dio su número, el día de la salida al Jardín Botánico, y que pidió a cada alumno que lo anotase.

HÉLÈNE

Eran casi las doce de la noche cuando sonó mi teléfono. Un número que no conocía. Estaba a punto de apagar la luz, dudé antes de contestar, sin embargo descolgué.

Oí una respiración rápida, casi jadeante. Estuve en un tris de colgar pero me pareció que al otro lado alguien pugnaba para no llorar. Aguardé sin decir nada.

Al cabo de unos segundos, una voz de niño. Llamaba a escondidas, cada palabra temblaba y amenazaba con prorrumpir en sollozos.

—Buenas noches, profesora, soy Mathis Guillaume. Quería decirle que Théo ha perdido el conocimiento, en la plazoleta Santiago-du-Chili. Está solo. En el suelo. Al fondo del todo. Ha bebido mucho alcohol.

Le pedí que me repitiera los detalles importantes. Cuánto. Cuánto tiempo hacía de eso.

Me enfundé unos vaqueros, cogí la cazadora y salí.

Pedí auxilio desde el taxi. Repetí lo que me había dicho Mathis, palabra por palabra.

El coche se detuvo en la entrada misma de la plazoleta. Me precipité para saltar el cercado. Comenzaba a avanzar en la oscuridad cuando el taxista me llamó.

—¡Señora, señora, coja esto!

El viento levantaba la manta térmica, parecía generar su propia luz.